JOSE MARTI

Obras completas ordenadas y prologadas por Alberto Ghiraldo

LIRA GUERRERA

Volumen I

Editorial Atlantida

A José Canta-
rell Dart, — que cono-
e y ama a Martí. En
rueba de amistad y co-
mo recuerdo de su es-
tada en Madrid.

Alberto Ghiraldo

Madrid, 1926

LIRA GUERRERA

JOSÉ MARTÍ

OBRAS COMPLETAS

ORDENADAS Y PROLOGADAS

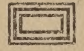
POR

ALBERTO GHIRALDO

VOLUMEN I

—

Lira guerrera



EDITORIAL ATLÁNTIDA

MENDIZÁBAL, 42

MADRID

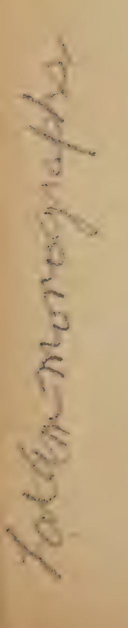
Imprenta Artística. Sáez Hermanos. Madrid

PRÓLOGO

«La libertad es la religión definitiva, y la poesía de la libertad el culto nuevo.»

«Creo que he dado a mi tierra, desde que conocí las dulzuras de su amor, cuanto hombre puede dar. Creo que he puesto a sus pies, muchas veces, fortuna y honores. Creo que no me falta el valor necesario para morir en su defensa».

JOSÉ MARTÍ



JOSÉ MARTÍ

SU PERSONALIDAD

I

Con el fervor inspirado por las grandes empresas, acometemos hoy esta de editar, en España, la obra, literaria y política, de uno de los hombres más eminentes de América: el cubano José Martí, libertador y mártir.

Cumbre magnífica del pensamiento de su pueblo, varón de acción y poeta siempre, este predestinado ocupa uno de los sitios más altos entre los productores continentales.

Sus trabajos, desperdigados en diarios y revistas, fueron coleccionados, en volúmenes caóticos, por Gonzalo de Quesada, uno de sus discípulos predilectos, cuyo nombre debe ir unido siempre al del maestro insigne, en gracia al amor puesto por aquél en la rebusca de materiales que sirvieran para la erección de la obra definitiva.

Respondiendo al pensamiento del mismo Gonzalo de Quesada, que fué el de reunir elementos para

una futura clasificación y organización, hemos procedido a ésta, teniendo en cuenta, principalmente, los diversos géneros literarios para construir libros orgánicos con las producciones de la variada obra Martiniana, agrupándola armónicamente en la más adecuada de las formas.

Convencidos de su belleza y bondad, pusimos en la tarea toda nuestra dedicación, y he aquí, por fin, el fruto de nuestro esfuerzo.

España no conoce a Martí, nos dijimos; reivindiquemos para su literatura la gloria de este nombre. Y, ya decididos a la gran misión, nos engolfamos en la selva maravillosa, el inmenso bosque del gigantesco productor que fué sembrando, con mano generosa, la semilla de su pensamiento y de su fantasía en los campos de la América virgen.

Es asombrosa la producción Martiniana. Asombrosa por la cantidad, la calidad, la variedad y la forma vigorosa y exquisita en que está vaciada. Martí produjo mucho y produjo, con extraordinario acierto, en diversos géneros. Fué un talento múltiple que alumbró todo cuanto tocara. Poeta, orador, crítico, cronista, aunque hombre de acción siempre, diseminó, con mano pródiga, el oro finísimo de su inteligencia, puesta al servicio de un ideal altísimo: la libertad de su patria. Todo lo sacrificó a esta no-

ble idea. Apóstol de la Independencia de Cuba desde su primera juventud, en que sufrió persecución, prisión ignominiosa y destierro—todo el dolor reunido al iniciarse en la vida civil—, nadie como él, en su época, supo consagrarse al empeño dignísimo. Todas las horas, todos los instantes de su agitada vida estuvieron llenos del ardor febril en que se consumió su selecta naturaleza. Nada ni nadie pudo detenerle en su camino de luz. Su obra de propagandista de una idea política es única en América. Su vida, en este sentido, tiene una analogía, casi perfecta, con la de aquel gigante de nuestra historia que se llamó Bolívar. Como éste, en los umbrales juveniles, juró libertar o morir por la Independencia de su pueblo, y los dos grandes cumplieron como hombres el compromiso solemne. Héroe, en la más pura acepción del vocablo, fué más allá del concepto de Carlyle, al inmolar conscientemente su preciosa vida frente al plomo del enemigo. Dió su sangre, realizando así su último acto político, porque Martí no corrió, sable en mano, al frente de los soldados de la libertad, para matar opresores. Fué a la lucha para que los opresores lo mataran. Convencido de la fecundidad del sacrificio, corrió a él sereno, iluminado. Pocos ejemplos en la historia tan sublimes y generosos.

II

Analicemos ahora algunas de sus faces de productor.

Como poeta, Martí es un precursor en América. El verso adquirió en los labios de este artífice una gracia, una ductilidad, una fuerza desconocida, reveladoras de una nueva y riquísima sensibilidad. Antes que los renovadores líricos—cuyos méritos culminaron en Darío—se manifestaran, él había alcanzado la difícil sencillez de la forma, que es virtud inapreciable de los artistas supremos.

Tiene la lira Martiniana dos notas fundamentales: la guerrera y la íntima. Este hombre, todo luz, cantó la libertad y el amor poniendo en sus estrofas lo más puro de su corazón y de su cerebro. Aún no sabe América cuán grande es el tesoro lírico, la mina de diamante encerrada en la producción de

este poeta. Y no lo sabe porque la obra inmensa del hombre político que fué Martí atrajo, sedujo, concentró, la mayor atención de las multitudes, no preparadas, por otra parte, para percibir matices líricos, y porque la época de lucha en que le tocara actuar no era, por cierto, la más aparente para apreciar el canto del ruiseñor, ruiseñor que, además, disponía de la maravillosa voz tribunicia para agitar, conmover y levantar, en oleadas revolucionarias, a todos los corazones.

Esta tarea revolucionaria fué la que acaparó, diremos así, las facultades excepcionales de Martí. La labor de dar libertad a su patria, oprimida, constituyó el norte de esta vida tan generosa. Por esto, toda su obra es un dilatado canto a la libertad. Sus discursos, sus artículos de periódicos, sus capítulos de novela, sus diálogos teatrales, sus explosiones líricas, todo cuanto representa la exteriorización de un alma excelsa, impregnada de aliento heroico, palpita, vive en ella.

En España, quien mejor lo ha comprendido como poeta ha sido don Miguel de Unamuno. Escuchad lo que el gran polígrafo dice de sus *Versos libres*, incluídos en este volumen:

«Ganado tengo el pan; hágase el verso»—escribe Martí—. Y es como es. No hacía él sus versos li-

bres, sino que se le hacían ellos y le llevaban la mano sin ser por ella llevados.

Como nacen las palmas en la arena
y la rosa en la orilla al mar salobre,
así de mi dolor los versos surgen
convulsos, encendidos, perfumados...

Hay que creerle, porque estos versos libres de Martí son, en efecto, convulsos, encendidos y perfumados, y se siente que brotan del dolor. ¿Creéis que podría decirse lo que Martí dice en aquel tremendo poema que se titula *Amor de ciudad grande*, si se intentara decirlo en esos insoportables alejandrinos pareados que han querido algunos trasladar del francés al castellano? No; esas cosas no pueden decirse sino como Martí las dijo:

¿Veis las carrozas, las ropillas blancas
risueñas y ligeras, el luciente
corcel de crin trenzada y riendas ricas,
y la albarda de plata suntuosa
prendida, y el menudo zapatillo,
cárcel a un tiempo, de los pies y el alma?
¡Pues ved que los extraños os desdeñan
como a raza ruin, menguada y floja! (1).

---

(1) Unamuno incurre en un error. No es en «Amor de ciudad grande» donde debe citarse la estrofa a que aquí se alude, sino en la composición titulada «Pollice verso», como puede enterarse el lector de estas «Obras completas».

Hay también un verso que va en carroza—y rechinan las ruedas de la consonancia—, con ropilla blanca, risueña y ligera, tirado por luciente corcel de crin trenzada y riendas ricas; un verso de albarda de plata que chispea al sol, y verso metido en el menudo zapatillo de un metro artificioso y preciosista, cárcel a un tiempo del lenguaje y del pensamiento. Es un verso que gusta a ciertas señoritas; es el que se recita, o, mejor, se canturrea en los salones: es el que se premia en los juegos florales; es el único que suena bien a los oídos de esos mozos que se recrean con las arias y cavatinas donizettiescas. No se hizo para ellos, ¡loado sea Dios!, el verso libre en que buscó libertad de expresión Martí.

Y es un consuelo y una esperanza, permitidme que os lo diga, lectores cubanos, que nos hayan venido esos robustos versos libres, tan repletos de íntima poesía desbordante, de donde nos han venido tantas coplas dulzarronas, de pura guayaba, de un sonsonete adormecedor. Necesitamos versos que nos despierten si cabeceamos, no que nos adormezcan...»

III

Como orador, es Martí uno de los más eficaces y brillantes con que ha contado la América. Basta leer cualquiera de sus grandes discursos para darse cuenta del poder arrollador de su elocuencia. Era siempre un pensador que hablaba. ¡Y con qué dominio de la frase! Fué, sin hipérbole, un verdadero maestro de la palabra. El artista, siempre presente, se exterioriza en ellos con la pompa magnífica del verbo Ciceroniano. Los que le oyeron, todos, han conservado la impresión indeleble de un espectáculo único. A las veces, cuando el fuego de la pasión le poseía, parecía una fuerza natural desencadenada. Pero aquella su exaltación delirante, diríase sólo uno de sus secretos para retener mejor a sus auditorios. Cuando creíasele perdido en un océano de palabras, aparecía, infaliblemente, el pensamiento-

guía, firme, seguro, suavizando encrespamientos, encauzando el torrente que amenazaba desbordarse.

Un discurso de Martí es siempre una verdadera obra de arte. El tribuno compone las claúsulas de su oración como un poeta, en la feliz matemática musical de las ideas y las palabras, las estrofas de su poema.

Su influencia como orador revolucionario, como propagandista de un ideal político, es digna de estudio por lo definitiva y convincente. Pocas veces la elocuencia de un hombre ha llegado a mayor altura y a resultados tan concretos.

A este respecto oigamos a Manuel de la Cruz: «Su vehemencia era el alma de su oratoria. Por esto se concibe fácilmente cómo pudo ser orador popular, popularísimo, hasta despertar la idolatría, siendo de suyo orador de estilo elevado, esencial y profundamente literario, quintaesenciado y frecuentemente obscuro. Su vehemencia vibraba hasta en el timbre de su voz; según los que le oían habitualmente, pocos oradores han dado a su palabra el tono, el calor y la fuerza que imprimía Martí a sus discursos. Era improvisador, y su imaginación nunca le fué infiel, aun cuando escalaba la tribuna sin más preparación que la fatiga abrumadora de la cotidiana faena, toda de pura labor mental.»

Néstor Carbonell, testigo de excepción, habla de Martí orador en la siguiente forma: «Su poder en la tribuna era omnipotente. Era el océano inmenso con sus orquestaciones fragorosas, sus endechas tiernas, sus salpicaduras verdes y sus crespas espumas.» Y Darío en su *Autobiografía*: «Orador sorprendente, tenía recursos extraordinarios.» Y en *Los raros*: «Era orador y orador de grande influencia. Arrastraba muchedumbres con su palabra este luchador que hubiera hablado como Elciis, los cuatro días seguidos, delante del poderoso Otón, rodeado de reyes.»

«Martí—dice Américo Lugo—es el más arrogante de los grandes oradores. Rompe a hablar como corcel que parte el freno, o águila que se lanza al infinito. Su palabra padece siempre de divinal perturbación; es simbólica, cual conviene a redentores. Habla por imágenes. Recarga o suaviza los tonos con sin igual maestría. Su corte es clásico; se adorna de poesía; se apoya en la historia; se rodea de brillante escolta literaria.»

«Martí es el verbo de Cuba luchadora—agrega Vargas Vila—. La elocuencia de Martí es la del corazón. Su frase, obscura a veces, coloreada, radiante en otras, sale de sus labios impregnada de sentimiento, ya sea vaga como la tristeza que agobia su

alma, ya tempestuosa y soberbia como la indignación que lo posee. Oyéndolo, se piensa en la patria, en la libertad, en el bien; se alzan en las lontananzas del recuerdo los mirajes de los bosques patrios; se oye como el rumor de Vergniaud en el salón de los Roland, y pasan por la memoria los pálidos héroes del cadalso y de la guerra...»

«Su lenguaje era oro maleable, incrustado dè preciosa pedrería»—completa Lincoln de Fayas—, y, por último, Rafael Spínola, entre cien testigos más, lo describe así:

«Reunía en su persona todas las prendas físicas y morales del verdadero orador; al través de su cutis fino, blanco y sedoso como el de una dama, se veían ir y venir, rápidas, las corrientes nerviosas, ya del corazón a la cabeza, ya de la cabeza al corazón, escapándose al pasar por los labios en caudales de música, de elocuencia y de poesía.»

Inspirado, lleno de ardor de patria, recorrió medio mundo con la antorcha de la revolución en las manos, y sembrando por su boca la semilla redentora de un pueblo. Cuba y la América toda le deberán siempre esta obra sin par, tan hermosa cuanto fecunda. Tanto como él, quizás alguno; más que él, en este sentido, nadie.

Encarnó y llevó por el mundo la idea de la Inde-

pendencia de Cuba—que era la de la dignidad de América—, con tal tesón, con tanta inteligencia, con tal luz en la mente, que escucharlo era entrar en la verdad de su postulado. ¿Quién que le oyó no se sintió contagiado por la fiebre que le enardecía? ¿Quién que le oyó no conservó, ya para siempre, un rayo de su amor, que era el de la libertad?

Olvidado de sí mismo, olvidado de todas las mezquindades humanas que, como a todos los grandes, le rodearon, sin contaminarlo, cruzó por tierras ya libres, demostrando con su verbo que mientras Cuba, su patria, permaneciera sangrando entre los hierros de una monarquía, América no podía considerar terminada su obra emancipadora.

Abanderado de la libertad, no abandonó su enseña, y, con ella, en las manos heroicas, cayó, envuelto en sangre y en gloria.

Apóstol, poeta y mártir—símbolo trágico de la libertad—fué su sino morir, triunfando, en la última de las contiendas libertadoras de América, que él ayudara, en primer término, a preparar con su verbo magnífico y redentor.

IV

Periodista, lo fué Martí en el más alto sentido de la palabra. Tuvo, como otro grande de América—me refiero a Rubén Darío—, la inclinación al comentario periódico de cosas, hombres y sucesos. Además, fué esta la *profesión*, diremos así, elegida para subsistir, decorosamente, y poder realizar ambos la obra altísima a que se sentían llamados.

La labor periodística de Martí es enorme. Sostuvo, durante años, una colaboración permanente en varias publicaciones americanas, algunas de ellas de tanta importancia como «La Nación», de Buenos Aires, donde está parte de su mejor producción, donde ha sido necesario ir a buscarla, y donde aún queda alguna que, nuestra voluntad mediante, hemos de recoger oportunamente.

En su labor periodística puso Martí lo más puro

de su talento. Le atrajeron los temas de importancia social y política; y como el escenario donde actuó, durante mucho tiempo, fué el del gran país norteamericano, él reflejó, con preferencia en sus crónicas, toda la grandeza de aquel pueblo de tan extraordinarias energías. Los Estados Unidos de Martí adquieren, a través de las correspondencias, publicadas en los periódicos de América, y hoy recogidas en libros luminosos, el altísimo valor que tiene un acontecimiento único en la historia humana: la creación de una de las naciones más poderosas de todos los tiempos, realizada en menor número de años.

«Los Estados Unidos de Martí—dice Darío—son estupendo y encantador diorama que casi se diría aumenta el color de la visión real. Mi memoria se pierde en aquella montaña de imágenes, pero bien recuerdo un Grant marcial y un Sherman heroico que no he visto más bellos en otra parte, una llegada de héroes del Polo, un puente de Brooklin literario igual al de hierro; una hercúlea descripción de una exposición agrícola, vasta como los establos de Augías; unas primaveras floridas y unos veranos, ¡oh, sí!, mejores que los naturales; unos indios sioux que hablaban en lengua de Martí como si Manitú mismo les inspirase; unas nevadas que daban frío verdadero, y un Walt Whitman patriarcal, presti-

gioso, líricamente augusto, antes, mucho antes de que Francia conociera, por Sarrazín, al bíblico autor de las *Hojas de hierba.*»

Y este juicio, tan definitivo, del poeta excelso tiene una gran significación porque Darío fué también, como lo dejamos dicho, un gran cronista de su época.

V

Había, además, en Martí, un exégeta y un crítico literario de fuste. Dotado de una cultura extensa, y de una memoria sorprendente, disponía, sin esfuerzo, del ejemplo comparativo, de la cita pertinente, de la referencia erudita necesaria para avalorar el juicio personal. Da pena pensar en la obra formidable que pudo llevar a cabo, en el silencio del gabinete, y en medio de una existencia menos combatida y ajetreada, su inteligencia profunda y abarcadora. *El libro de los juicios* y *Hombres* son, en este sentido, los dos volúmenes, de la serie en preparación, donde aparece Martí revelando sus condiciones de fino catador literario, de apreciador generoso

pero justiciero de la obra ajena. Crítico y biógrafo, demuestran clarividencia, buen gusto, fineza espiritual y penetración psicológica poco comunes.

Hay una cualidad, digna de llamar poderosamente la atención en toda la literatura Martiniana: es la que se refiere al factor hombre. Este está siempre presente aun en aquellas obras que creeríanse más alejadas de la cordialidad. El calor humano de que están impregnadas les da siempre un aspecto de perduralidad indiscutible. Así una biografía, un prólogo, hasta una reseña bibliográfica, asumen en su pluma toda la importancia de un verdadero documento humano.

Se le ve, se le oye personalmente, se le siente palpitar en cada página, en cada renglón, en cada palabra. Vive en toda su obra, porque toda ella está escrita con músculo, con sangre, con nervios y con el inmenso espíritu, luz misteriosa, inextinguible que le poseyó siempre, que le sostuvo siempre, de que dispuso siempre y que le ha hecho inmortal.

VI

Otra faz interesante de la vida de Martí es la de educador.

No basta saber, ser un erudito, adquirir una gran suma de conocimientos para conquistar tal título. Es necesario, además, poseer el arte de transmitir lo que se sabe, y para ello se requieren condiciones excepcionales, de inteligencia y de carácter, de que él disponía en abundancia.

Martí fué un *maestro*, un verdadero maestro de juventudes. Educado, a su vez, en la tradición de don José de la Luz y Caballero, ese otro hombre insigne de Cuba, puso al servicio de sus contemporáneos, dentro y fuera de la isla de sus amores, el caudal de sabiduría atesorado en sus pocos pero fecundísimos años de estudio y de asimilación. En Tampa, en Cayo Hueso, en la misma Nueva York,

donde tanto produjo, actuó y vivió forjando el rayo libertador y enseñando a los jóvenes a ser hombres y ciudadanos libres.

¡Qué capítulo revelador podría escribirse reflejando la vida de este maestro lleno de iniciativas, de este hombre dinámico que creaba a su lado una atmósfera superior, donde todas las alas encontraban zonas puras y a propósito para moverse y volar!

Como orador político, arrastraba a las muchedumbres, conmoviéndolas y deslumbrándolas con la alteza de su pensamiento y con el brillo de su palabra mágica; como maestro, formaba el núcleo primero para después inculcarle su sabiduría, exponiendo a sus discípulos todos los conocimientos alcanzados por el hombre en su incesante afán de investigación. Y así, sin forzarlos, descendiendo hábilmente hasta los más obscuros cerebros, con la pasión generosa del que necesita hacer partícipe al hermano del tesoro que no considera propio, iba despertando espíritus y lanzándolos al espacio con el placer de un creador.

Alguien escribirá un día tan bella página al reconstruir la historia de este hombre todo luz, abnegación y fuerza.

VII

La ternura inmensa atesorada en su alma, impulsóle a Martí a escribir para los niños. Esta literatura, de índole muy difícil, ha tenido escasos cultivadores en América. Altos poetas, como Gutiérrez Nájera, José Asunción Silva, Martí y el mismo Darío, ya nombrado, han sido los que con más seguridad y fortuna se acercaron al género.

Hablar, comunicarse con el alma infantil; despertar en la mente del niño el deseo sano del conocimiento de las cosas; impresionarle noblemente, sin acudir a la literatura truculenta, al burdo episodio detectivesco y policíaco; llegar hasta su sensibilidad sin salir del terreno artístico, es también obra de poetas y de selectos. Así Martí en su *Edad de Oro*, el mejor libro para niños que se ha escrito en América y que figurará contenido en el volumen XII de esta colección.

Martí y la crítica literaria.

He aquí algunos de los más importantes juicios que ha motivado la obra literaria de Martí:

«Antes que nadie, Martí hizo admirar el secreto de las fuentes luminosas. Nunca la lengua nuestra tuvo mejores tintas, caprichos y bizarrías. Sobre el Niágara castelariano, milagroso iris de América. ¡Y qué gracia tan ágil, y qué fuerza natural tan sostenida y magnífica!... Martí escribía una prosa profusa, llena de vitalidad y de color, de plasticidad y de música. Se transparentaba el cultivo de los clásicos españoles y el conocimiento de todas las literaturas antiguas y modernas; y, sobre todo, el espíritu de un alto y maravilloso poeta... Otra verdad aún, eso que se llama el genio, fruto tan solamente de árboles centenarios, ese majestuoso fenómeno del intelecto elevado a su mayor potencia, alta maravilla creadora, el Genio, en fin, que no ha tenido aún nacimiento en nuestras Repúblicas, ha intentado aparecer dos veces en América: la primera en Sarmiento—un hombre ilustre de Argentina—; la segunda, en Martí.»—*Rubén Darío.*

«Sus dotes más salientes como escritor son: la inagotable riqueza de las ideas, la imaginación portentosa, la fuerza llena de gracia, la sinceridad inrestricta, la castidad sobrehumana y la peregrina forma de su expresión original y óptima.»—*Américo Lugo.*

«Su imaginación de poeta era torrencial, inagotable. A cada momento brincaba el tropo, culebreaba el símil, se abría, como una flor, la metáfora. Era el suyo un estilo peculiar sobrecargado de color y de luz... Amaba infinitamente la belleza y poseía el don mágico de saber analizarla y comprenderla.»—*Luis G. Urbina.*

«Como escritor, sobresalía Martí en las dos cualidades principales del estilo: la fuerza y la gracia.»—*Nicanor Bolet Peraza.*

«Escritor de raza, manejó como pocos la sonora lengua española. El estilo tenía que ser, como el hombre, excepcional; y lo fué, raro, violento, soberbiamente imaginado, a veces amplio y majestuoso, como el undívago Rhin, a veces rápido, impetuoso, cortado por cascadas hirvientes, como el Niágara.» *Domingo Estrada.*

«Martí es el prosista más elegante, más original, más oriental de América.»—*Pedro Pablo Figueroa.*

«¡Estoy asombrado de Martí! ¡Qué modo de con-

cebir y de expresar sus ideas! Maneja la pluma como Gustavo Doré jugaba con el lápiz.»—*Benjamín Vicuña Mackenna.*

«Gesner, Andersen, Espronceda y Víctor Hugo pondrían sin vacilar su firma en muchos de los bellísimos pensamientos, llenos de novedad, ingenio y ternura que resplandecen en ese libro» (1).—*Alejandro Magariños Cervantes.*

«Los cantos de Martí consuelan y los que los escuchan los bendicen.»—*Miguel Antonio Caro.*

«Martí es el más brillante prosador americano que conozco.»—*Eduardo de la Barra.*

«José Martí estaba dotado de poderoso numen; tenía una perfectísima concepción del arte, profunda erudición y fecundidad notable... Le conocí; nutrí mi espíritu con su verbo radiante; y, oyendo hablar al patriota, creí en la libertad.»—*Amado Nervo.*

«Martí era un poeta adorable. Un poeta por la estrofa, blanca y alada como Psiquis; poeta por la prosa, urdimbre de seda joyante; poeta por el ideal, que era generoso; poeta por la voz, que era un canto; poeta por la mirada, que era triste; poeta por el corazón, que era grande... De sus estrofas nace la

---

(1) Se refiere al poema ISMAELILLO, que irá contenido en el volumen segundo de esta colección.

hermosura; como el fresco de las brisas, como la espuma de las ondas, como el beso de los labios.»—*Rufino Blanco Fombona.*

«Su conocimiento de los clásicos hispanos le da el atrevimiento de sus trasposiciones... La elipsis en manos de Martí es palanca poderosa: hace saltar el verbo, pero también otras palabras. Cercena, en una frase, un sustantivo o una preposición o la conjunción, y monta, al aire, dos fragmentos de la sentencia, que le resulta nueva y clara, sin embargo.»—*Roberto Brenes Mesén.*

«El primero de los cubanos, en la historia patria y en las letras, y uno de los más grandes escritores de América, y, en mi sentir, el más brillante de todos.»—*Enrique Hernández Miyares.*

«Su vasta labor literaria es digna de él y de su patria. Y toda ella aparece inspirada por una idea fundamental: el respeto a la dignidad humana; y consagrada al culto de la verdad y al del arte por lo noble, lo bueno y lo bello que el arte es.»—*César A. Zumeta.*

«Como prosador no pertenece Martí a ninguna escuela. Es un individualista; un personal. Está lejos de toda secta y fuera de toda regla: es un ácrata en el que acciona y reacciona el genio. Ni de Carlyle, ni de Gracián, ni de Emerson, ni de Víctor Hugo

desciende, sino de sí mismo... Clásico, moderno, romántico; parnasiano y simbolista, cruzó por el universo de las letras, rompiendo vallas, saltando muros, escalando cimas, llenando de ruidos melodiosos el hondo azul del espacio...»—*Néstor Carbonell.*

«Martí pintaba o traducía con la pluma todos los colores y todas las emociones; su estilo, nervioso y movible, que a las veces parecía amanerado, era espontáneo y fluía abundante y preñado de ideas. Como escribía hablaba; era un mago que subyugaba al auditorio.»—*Carlos A. Aldao.*

«La América vagaba en una poesía dulzona, sosa, y a trechos cursi, hasta que José Martí, poeta cubano, adivinó que faltaba algo en la rima española fuera de la vulgaridad, y erigió en todos los países indo-americanos un culto por el verso simbólico, cofre de acero bruñido donde vive la perla negra de la idea, culto que encontró en breve adoradores, elevando como maestro al artista extraño, cuyo símbolo era de un rojo de sol, de incendio y de sangre.»—*Francisco García Cisneros.*

«Las letras castellanas le deben a Martí frases fulgurantes, de vencedor atrevimiento.»—*Diego Vicente Tejera.*

«Todo salía embellecido y purificado de aquella péñola incomparable, péñola que hoy bendice todo

un pueblo y es lumbre de la humanidad.»—*Román Vélez.*

«El verso libre castellano, que en el siglo XVIII trabajara con acicalamiento de artífice don Gaspar Melchor de Jovellanos, y que luego con más desenfado cultivó el romántico autor de *Don Alvaro*, encuentra en Martí tal majestad y dominio, que abre como un nuevo horizonte por su ritmo solemne.»—*Antonio Iraizoz.*

«En su frase, generalmente clara y expresiva, hay concisión, energía, movimiento apropiado y ritmo armonioso. Cierta obscuridad, susceptible de interpretaciones diversas, se debe, en primer término, a lo profundo del concepto o del pensamiento. Aparentemente inexplicables, esas obscuridades de su prosa, esconden un alto y trascendental sentido.»—*F. García-Godoy.*

«Desde el punto de vista de la técnica, Martí se ha superado. Ya aparecen algunos recursos de que más tarde iban a abusar los poetas modernistas, como la repetición de dos consonantes en un solo verso.»—*Arturo Torres Ríoseco.*

«Todos sus versos tienen un suave matiz emocional; en una estrofa, la emoción se condensa, adquiere intensísima energía, y un verso, un solo verso, acaba por representar, en el orden de las emo-

ciones, lo que un breve poema lírico.»—*José María Chacón y Calvo.*

«Un rebelde en literatura como en política, y enemigo, por tanto, de seguir sendero alguno trillado, cual si fuera imposición y yugo que por instinto desechara de sus hombros.»—*Julio Cejador.*

BIOGRAFÍA

Cuna de Martí.

He aquí, ahora, una síntesis biográfica de esta vida:

Hijo de padres españoles—su padre era de Valencia y su madre de Canarias—, nació José Martí en Cuba (Habana), el 28 de enero de 1853.

Era la época trágica de la Isla admirable, en la que los amantes de la libertad caían, en la prisión o en la muerte, perseguidos, sin tregua, por sayones y negreros; en la que defender la independencia de un pueblo constituía el más grave de los delitos; en que la cárcel o el destierro eran el premio de todos los espíritus rebeldes a la tiranía de un Gobier-

no monárquico, representado por Capitanes Generales, dueños de los destinos ciudadanos; época, triste y dolorosa, en que culminó, en Cuba, el drama de la revolución de América.

Cerca de treinta años habían transcurrido desde que, en Ayacucho, los países hermanos, hijos del mismo tronco, liquidaran sus cuentas con el Gobierno español, cuando José Martí vino a la vida. Con misión venía. Cuentan que, al nacer, su padre, español, que había estado, como soldado, al servicio de España—era sargento cumplido—, despojóse de los galones del uniforme que vestía, para que ni por un instante su hijo le viera ostentando el símbolo de los opresores de Cuba. Agregan que, en una ocasión, le dijo: «Porque yo no extrañaría verte un día peleando por la independencia de tu tierra.» Tendrá, o no, base verídica la anécdota, pero ella encierra todo el encanto de una profecía.

Su infancia.

Fué de infancia precoz. A los ocho años llamaba la atención de sus maestros por la rapidez con que asimilaba conocimientos. A los diez iniciaba sus en-

sayos literarios infantiles en composiciones reveladoras de una imaginación extraordinaria. Su condiscípulo Valdés Domínguez recuerda que «ya en aquella época, a pesar de sus pocos años, fué el primero en todas las clases, el que, con modestia sin ejemplo, se ganaba todos los premios; y era por su bondad y por su talento, el hermano, más que compañero, de todos los alumnos».

A los trece años, en 1867, ingresó en el colegio de San Pablo, que dirigía en la Habana un maestro ilustre, don Rafael María de Mendive, a quien también persiguieron con saña los servidores de la Monarquía española. Antes de los quince, las aulas de San Pablo «fueron teatro de sus primeros triunfos como escritor y poeta». Preso Mendive, Martí no fué —«para querer y para servir a su maestro, un niño, sino un hombre; y un hombre valeroso y altivo. El fué al Gobierno y habló con el gobernador y, sin ninguna recomendación, consiguió un pase para poder entrar en el castillo del Príncipe y llegar hasta el calabozo en donde estaba encerrado el digno educador»—.

En esta forma, el niño, leal y valiente, demostró tener ya una noción clarísima y confortadora del deber.

Iniciación revolucionaria.

Matriculado en el Instituto de Segunda Enseñanza, después de preso Mendive, Martí prosiguió sus estudios apoyado por don Cristóbal Madan, y en unión de Valdés Domínguez, inició sus campañas periodísticas en *La Patria Libre*, que dirigió, y de la que fueron redactores los mismos Mendive y Madan. Allí insertó su poema dramático *Abdala*, primer ensayo serio de un poeta de diez y seis años, en que se revela el estro heroico de Martí.

Y aquí comienza la vida del apóstol. Su primer gran dolor fué constatar la resistencia que encontrara en el propio hogar a sus inclinaciones poéticas y políticas. Sus padres, porque presintieran el peligro a que se exponía o porque, en realidad, no aceptaran la convivencia con un hijo rebelde al Gobierno que ellos estaban obligados a defender, combatieron su actitud, castigándole severamente por la publicación del poema. Su suerte estaba echada.

Esto ocurría a mediados del año 1869. Pocos meses más tarde, el 4 de octubre de dicho año, acaeció el hecho memorable que marcó, definitivamente y en edad temprana, el alto destino de Martí. A este

respecto dice la crónica: «Acusados aquel día por un grupo de voluntarios, Eusebio y Fermín Valdés Domínguez, Manuel Sellén y M. Anastasio Fortier, de que, al pasar por la casa Industria, 122—morada de los Valdés Domínguez—, de vuelta de una *gran parada*, se habían burlado de ellos, vinieron, por la noche, con gran escándalo, a prenderlos. Durante toda aquella noche hicieron un escrupuloso registro en la casa de Valdés Domínguez, y en la mesa de estudio de Martí y Fermín encontraron algunos periódicos del período de la libertad de imprenta del general Domingo Dulce, y una carta cuyo sobre estaba sin cerrar, que aquel mismo día habían escrito Martí y Valdés Domínguez para mandarla a un condiscípulo que se había alistado como oficial español, siendo cubano, y estaba peleando contra su patria. La carta decía: «Señor Carlos de Castro y de Castro. Compañero: ¿Has soñado tú, alguna vez, con la gloria de los apóstatas? ¿Sabes tú cómo se castigaba en la antigüedad la apostasía? Esperamos que un discípulo del señor Rafael María de Mendive no ha de dejar sin contestación esta carta.—Habana, octubre cuatro de mil ochocientos sesenta y nueve.—*José Martí.—Fermín Valdés Domínguez.*» Esta carta determinó la prisión de Martí, pues ya Valdés Domínguez había sido recluído en la cárcel.

Tras seis largos meses de causa pendiente, se juzgó en Consejo de guerra a los acusados por los voluntarios. Martí y Valdés Domínguez, que tenían la letra muy parecida, sostuvieron ante el Tribunal que sólo uno había escrito la carta y firmado por los dos. Pero en el careo a que se les sometió, Martí no dejó hablar al que él llamaba su hermano del alma, y con energía lo hizo él para demostrar que era suya toda la culpa; y formulando duros ataques contra España, y proclamando, en párrafos correctos y elocuentes, el derecho de los cubanos a la independencia, asombró por su audacia y dominó, con el hechizo de su palabra, a aquel Tribunal de militares sanguinarios y nada peritos en la aplicación de las leyes. Fué aquel su primer discurso y la prueba más hermosa de su lealtad de amigo agradecido y noble. Actos como este sólo son propios de almas ejemplares como la suya. Diez y seis años tenía entonces Martí. El fiscal pedía para él la última pena, y para Valdés Domínguez diez años de presidio. El fallo fué seis años de presidio para ambos. Martí pasó de la cárcel al presidio el 4 de abril de 1870, con el número 113 de la primera brigada de blancos, y su prisión de tres ramales, y fué, desde el primer día, a los terribles trabajos de la cantera de San Lázaro; peregrinación tristísima que hizo duran-

te dos meses, hasta que fué destinado a la cigarrería del Departamental. Por conmutación de condena ingresó de nuevo en la cárcel el 10 de octubre del mismo año, para ir a Isla de Pinos como deportado; por último, fué trasladado a la Habana, en diciembre también del mismo año, y, confinado a deportación en España, embarcado el 30 de dicho mes.»

* * *

«El calvario de Martí—agrega Carricarte—, sus inmensos sufrimientos y sus pruebas rudísimas, tuvieron, pues, comienzo el día 4 de octubre de 1869, en que fué detenido y se inició el proceso que culminó en la sentencia dictada el 4 de marzo de 1870. Lo que sufrió Martí en el presidio, sus padecimientos físicos, su tormento moral, lo describió en el folleto que publicó en Madrid con el título *El Presidio Político en Cuba*. Fué destinado a realizar trabajos en las canteras de San Lázaro, en la conocida con el nombre de *La Criolla*, marcado, en la primera galera de blancos, con el número 113, y fijados los grilletes que le produjeron lesión tan profunda que en el acta de reconocimiento de su cadáver, el día 25 de mayo de 1895, el doctor Pablo A. Valen-

cia consignó que aún aparecía visible. Débil era en su constitución Martí, y el esfuerzo que le fué impuesto, las quemaduras en sus ojos por la cal de las piedras y la acción del sol, afectaron su vista en términos que inspiraba compasión, y tan grande la produjo en quien tenía arrendadas aquellas canteras al Estado, don José María Sardá y Gironella, natural de Tarragona, hombre opulento, unido por amistad estrecha al Capitán General, y de corazón noble y generoso, que solicitó y obtuvo de la primera autoridad de Cuba el indulto de Martí, que fué concedido el día 26 de septiembre de 1870, desterrándosele a Isla de Pinos, siempre a solicitud de don José María Sardá, quien a la sazón poseía extensiones tantas de terreno en Isla de Pinos, que, prácticamente, la isla entera era suya.»

En ella vivió tranquilo Martí, al amparo de la noble familia española de Sardá, «acreedora al respeto y al amor de todos los cubanos», según frase del mismo Carricarte, hasta que fué trasladado a España, donde concluyó los estudios del Bachillerato y comenzó y terminó los de las carreras de Filosofía y Letras y Derecho. Su partida a España se efectuó, como queda dicho, el 30 de diciembre de 1870.

* * *

«Temprano lo consagró la vida—ha dicho de él Enrique José Varona—, temprano lo ungió el dolor para su duro apostolado. En el albor de la existencia, niño de diez y seis años, algunas líneas llenas de fuego juvenil, algunos versos en que se estremecía su ansia de adolescente, por la libertad, lo condujeron maniatado ante un Tribunal español, ante un Consejo de guerra; y por esos enormes delitos, el niño imberbe sintió que manos brutales remachaban en sus piernas un ignominioso grillete. El primer contacto de su alma pura con el poder brutal que dominaba su patria, fué ese cruel ultraje a la dignidad humana, respetable siempre, más respetable en la primera mocedad, risueña e inocente. Aquel niño soñador, de espíritu inmaculado, fué confundido, en un presidio, con criminales soeces, porque había escrito algunos artículos de periódico y un ensayo de tragedia. Todo el horror del sistema colonial de España se le reveló de una vez y para siempre. Los estólidos verdugos que cargaron de cadenas aquel niño endeble, no podían sospechar, en la estrechez de sus entendimientos, el ángel vengador que había de surgir de entre aquellos hierros, armado con la lengua llena de imprecaciones y con la espada fulminante de rayos.» Por eso «cantó, babló, escribió, combatió; dejó por todas

partes chispas de su númen, rasgos de su fantasía, pedazos de su corazón... Peregrinó por el mundo con una lira, una pluma y una espada.»

Deportado a España: 1871.—En Madrid.

Martí salió enfermo del presidio y enfermo llegó a Madrid, a pesar de los cuidados que le prodigara la noble familia española que fué su providencia en Isla de Pinos.

Su vida en la ciudad cortesana fué azarosa y fecunda en emociones.

El grillete, que ajustara a su pie la tiranía, dejó huella indeleble en su carne y en su espíritu.

Su obra, toda su obra, en adelante, debía concretarse a trabajar por la libertad de la isla encadenada. Pero, ante todo, era necesario subsistir. Y luchó para ello. Estudiaba y daba lecciones. Vivió mal, miserablemente, en buhardillas mezquinas, sin que su imaginación brillante dejara de combinar cuadros admirables de color y de luz. La idea política le poseía. Y escribió entonces esa página magnífica que se llama *El Presidio político en Cuba*, cuando era un jovenzuelo de diez y ocho años, y que el

lector podrá apreciar en el volumen *Patria*, tercero de esta serie. En él dice: «Mi patria me había arrancado de los brazos de mi madre. Rodeó con una cadena mi pie, me vistió con ropa extraña, cortó mis cabellos y me alargó en la mano un corazón...»

Hablando de *El Presidio político en Cuba*, dice el mismo Varona: «Su primer folleto es una denuncia generosa del más nefando de los crímenes que comete España contra los cubanos, cuando mezcla al patriota, en contubernio indigno con el criminal, lo carga con la cadena infamante y lo somete al palo del cómitre sin dignidad y sin entrañas».

Evocando la época de su primera estada en Madrid, Valdés Domínguez anota: «Martí estaba muy enfermo en julio de 1872. Dos veces lo habían operado de un sarcocele producido por un golpe de la cadena de presidiario en las crueles faenas de la cantera. Nunca se curó de la que fué para él terrible dolencia, por las operaciones hechas a destiempo y en malas condiciones, y que tantas veces le obligó a guardar cama y le impedía andar. Vivía entonces en una buhardilla, y comía gracias a unas clases que daba en casa de don Leandro Alvarez Torrijos y de la señora viuda del general español Ravenet. Ocultando él, como siempre, sus necesidades, nada decía de sus penas a nadie, y menos a su

generoso y leal amigo el español señor Torrijos, ni a la cubana y noble generala. Delgado, sombrío el semblante, era un condenado a muerte por la enfermedad.»

* * *

En Madrid, Martí publicó folletos, entre ellos el ya mencionado sobre el presidio, y otro importantísimo, *La República española ante la Revolución cubana;* pronunció discursos que llamaron la atención, frecuentó el Ateneo, la Academia de las Artes y la Biblioteca Nacional, escribió en *La Discusión* y en *El Jurado*, redactó manifiestos, se hizo amigo de hombres eminentes como Benot, Salmerón, Echegaray, Zapata y Labra; fué asiduo disertante en la logia masónica *Armonía*, y siempre con el pensamiento puesto en Cuba, lleno de indignación y de coraje, vengó a sus hermanos, los estudiantes fusilados en La Habana el 27 de noviembre de 1871, con la oda célebre que los inmortalizara.

Esto, aparte de sus estudios universitarios, en los que descolló también y donde, según el mismo Valdés Domínguez, eran días solemnes «aquellos en los que el pobre cubano, proscripto y enfermo, iba a desarrollar una tesis de Derecho o a disertar so-

bre algún árduo tema de Letras o de Filosofía».

Sigamos, en esta parte de la vida de Martí, a Enrique José Varona, eximio comentador del hombre y su obra política.

«Martí—según Varona—llegó, por el raciocinio, adonde ya había llegado antes por el sentimiento, y fué, desde entonces, lo que había de ser siempre: separatista. Su ideal político tenía ya forma definida: la independencia de Cuba. Esta idea determina la orientación del resto de su vida. Ya no hará nada, no producirá nada que no tienda a encarnar ese gran designio en los actos que han de realizarlo. Como el austero y noble Mazzini, con quien tiene tantos y tan característicos puntos de contacto, puede escoger por lema de su bandera: Pensamiento y acción. Se proclama la República en España—sueño de una noche de verano—, y el mozo, que perora en las aulas y en los cafés, se va ante Figueras a pedirle la independencia de su patria. Se discute en las Academias la manera de que el lazo federal mantenga unidas a Cuba y España, y Martí habla hora tras hora, batalla como un gladiador contra una cohorte, desbarata todos los argumentos y mantiene que Cuba se basta a sí misma, y que debe aspirar a brillar sola, una estrella más, en la pléyade de las repúblicas americanas.»

En Zaragoza.

Por prescripción médica pasó Martí a Zaragoza en 1872. Continuó y terminó allí sus estudios de Letras y Filosofía que dejara truncados en Cuba.

Por aquella época sufrió Aragón el asedio del general Burgos. Zaragoza resistió y fué cañoneada. Los bravos rapublicanos cayeron al pie de las barricadas. Junto a ellos, ancianos, niños, mujeres.

En la velada conmemorativa de aquel día de sangre, Martí se reveló en Zaragoza como orador y poeta. Habló, entusiasmándole, al pueblo, congregado en el teatro, y su amigo, el actor Leopoldo Burón, a quien conociera en Madrid, leyó versos que Martí escribiera para ese acto.

Años más tarde, en *Versos cubanos*, exclamaba:

. . . .

Allá en la vega florida,
la de la heroica defensa,
por mantener lo que piensa
juega la gente la vida.

. . . .

Estimo a quien de un revés
echa por tierra a un tirano.
Lo estimo si es un cubano;
lo estimo, si aragonés.
....

Como en Madrid, trabajó mucho Martí en Zaragoza. Dejó sin terminar un drama en prosa, *Adúltera*, y escribió una serie importante de artículos inspirados por la contemplación de los monumentos antiguos, hasta que terminó sus estudios oficiales en 1874, año en que partió para París, Londres y otras ciudades de Europa que visitó, en provechoso viaje de estudio y de trabajo, hasta que, agravada su enfermedad, embarcó en Southampton, para Veracruz.

En México: 1874-1876.

En México, donde residió por primera vez desde 1874 al 76, cultivó, especialmente, el periodismo y la oratoria, alcanzando, en ambos, triunfos resonantes. Redactó, durante algún tiempo, la *Revista Universal*, donde firmó muchas crónicas con el seudónimo de *Orestes*.

El poeta no estuvo ocioso. Allí produjo cantos hermosísimos, entre ellos *María*, *Carmen*, y *Patria y mujer*, incluído este último en el presente volumen.

Algunos trabajos críticos corresponden también a esta parte de su vida, y en ellos, a pesar de su juventud, se revelan la erudición y el buen gusto estético, característica fundamental de la producción Martiniana.

En Guatemala: 1877.

En los comienzos del año 1877 regresó Martí a la Habana, pero sólo por poco tiempo. Sus males físicos habían, felizmente, disminuído, y en cuanto a su ánimo era tan valeroso como siempre. Pensaba en casarse. Dejaba en México a su prometida y quería formarse una posición que le permitiera realizar sus sueños de hogar. Al efecto había puesto su pensamiento en Guatemala y a Guatemala fué. Recibido allí como se merecía varón tan animoso y cordial, fundó, con éxito, la *Revista Guatemalteca*, y desempeñó, con brillo, una cátedra de Derecho Político creada especialmente para él.

En cuanto a su éxito de orador en Guatemala, recojamos aquí la crónica de *El Progreso*, de fecha julio 3 de 1877, dedicada a una velada literaria organizada por la Escuela Normal que era donde Martí dictaba su cátedra. Dice *El Progreso:* «Ocupa la Tribuna el joven cubano José Martí, que lleva la toga del foro español adquirida en el ostracismo. Bajo esa toga, desde que pronuncia las primeras palabras, se descubre una túnica Ciceroniana. Su fisonomía es correcta y expresiva, su frente alta, su palabra fácil y armoniosa, y su actitud, oratoria. Oigámosle. Se empeña en probar la influencia de la Tribuna. Pero, ¿para qué tanto esfuerzo? ¿No basta verle en ella, algunos momentos, para convencerse, para sentir con él la veracidad de su tesis? El orador deja su puesto en medio de estrepitosos aplausos, después de haber demostrado que conoce la historia y su filosofía, que posee erudición enciclopédica y que sabe tocar, con maestría, los resortes de la elocuencia. Su palabra ya deslumbra como el relámpago entre las tempestades, ya imita el sonido de las olas que rugen o el grato murmullo del arroyo que se desliza tranquilo en un lecho de verdura esmaltado de pintorescas flores.»

Regreso a Cuba.

Acompañado por su esposa, la cubana Carmen Zayas Bazán, regresó de nuevo a su país, después de la paz firmada en el Zajón. No aceptó la situación creada por ella, y, consecuente con sus ideas separatistas, se unió, resueltamente, al movimiento encabezado por García y Crombet.

«Desde que llegó de Guatemala—dice Valdés Domínguez—, no dejó un solo día de trabajar por la honra y por la libertad de la patria. Era, pues, su casa centro de conspiración. Allí se reunían José Antonio Aguilera y Flor Crombet, el noble y valiente general oriental, que con otros agentes revolucionarios trataban, en secreto, de los asuntos de guerra. Y esto no impedía que fuera también nuestra alegre casita de la calle del Prado lugar de cita de literatos y de hombres de ciencia, alejados algunos de nuestra política de combate. De aquellas veladas, en las que no faltaba el poeta y nuestro maestro querido, Rafael María de Mendive, viejo ya y enfermo, el literato Carlos Navarrete y Romay, el sabio Anselmo Suárez y Romero, Vidal Morales y otros amigos y compañeros en la deporta-

ción o en la escuela, nacieron grandes empeños y nobles intimidades que dieron a Martí puesto principal entre los hombres de gran talla política de aquella época. Trabajó en bufetes de amigos leales; pero no revalidó su título de abogado ni fué maestro autorizado por el Gobierno español por su título de Licenciado en Filosofía y Letras, ni juró nunca obediencia a la autoridad judicial española. Y fué el partido autonomista quien auxilió entonces a las autoridades españolas en la persecución de los nuevos conspiradores, y afirman hombres de aquellos tiempos que fueron sus jefes los que denunciaron a Martí. Y fué también entonces cuando empezó la campaña—como medio y como fin—contra aquel genio de nuestra labor por la independencia y por la libertad.»

SEGUNDA ETAPA

Ha terminado aquí la primera etapa del revolucionario, del *insurrecto*, del *filibustero* irreducible. Comienza la segunda en los finales del año 1878. Acaba de nacerle un hijo cuando Martí es apresado de nuevo y encerrado en una fortaleza. Poco des-

pués, con motivo de los grandes sucesos de Oriente, se le embarca por segunda vez a España, como deportado. «Martí se yergue altaneramente bajo el golpe, rompe el confinamiento y asume, de una vez para siempre, la noble actitud de rebelión que ha de conducirlo al sacrificio y a la inmortalidad». «Yo alzaré el mundo», piensa; y sale de Madrid.

«Dos fases—agrega Varona—tenía la obra que iba a emprender el proscripto. Dos, cada una de las cuales exigía un hombre entero. Buscar elementos y simpatías fuera de Cuba, para ayudar eficazmente a la empresa; reanimar espíritus, concordar voluntades y dar plan y dirección a los que habían de ejecutarla dentro. En cada una de estas labores, Martí estuvo a la altura de su inmensa dificultad, y, en una y otra, se reveló dotado de las aptitudes más singulares y eficaces. Su sagacidad, su constancia, su asiduidad, su conocimiento de los hombres y de los pueblos con quienes se ponía en relaciones, lo justo de su criterio y de su apreciación de los sucesos y de las circunstancias políticas, todo en él fué notable, todo extraordinario, pero aquello que lo señala y pone a un lado, aquello que lo eleva sobre muchos que han poseído y poseen esas mismas prendas, es la cualidad maestra, la que constituye a los directores de hombres y a los jefes de pue-

blos: su facultad de armonizar, de organizar. Manejar a los hombres sin violencias, tomar sus pasiones, sus creencias, sus ideales como una blanda masa, para echarla en el molde adecuado; hacer que sus fines personales, particulares, se subordinen espontáneamente al fin común; que sus fuerzas individuales concurran sin torcerse ni resistirse a formar la fuerza colectiva, no hay nada más arduo. Y cuantos conocen la historia de Martí en el destierro y sus trabajos con la emigración cubana, saben que venció todas esas dificultades, y logró hacer de grupos dispersos, descorazonados y casi hostiles un todo coherente, animado de un solo deseo y dispuesto a los mayores sacrificios». Esta fué la obra inmensa de Martí en la emigración.

De Madrid fué a París, después a Nueva York y de Nueva York a Caracas, donde residió algún tiempo.

Su vida en Venezuela.

En 1881 llegó Martí a Caracas. Su fama de orador le precedía, y la juventud venezolana le recibió con fervor y entusiasmo. La patria del gran Bolívar oyó con emoción y regocijo la voz del tribuno cubano, peregrino iluminado que iba por el mundo despertando corazones para su causa, poeta de lira encordada en bronce, cuya es la frase digna del numen homérico: «El poema de 1810 está incompleto, y yo quise escribir su última estrofa».

Gonzalo Picón Febres, en *La literatura venezolana en el siglo XIX*, evoca la presencia de Martí en Caracas en la siguiente forma: «Noches después de su llegada, como para manifestar públicamente el alborozo que sentia por encontrarse, al fin, en la patria de Bolívar, vehemente anhelo suyo desde los días más hermosos de la juventud, pronunció un elocuentísimo discurso en el que se llamó *Club del Comercio*, el cual acababa de fundarse en una de las casas de balcón situadas entre las esquinas de la Palma y el Teatro Municipal. Concurrieron al acto casi todos los hombres de letras de Caracas, la

juventud universitaria y una gran masa del pueblo, y el triunfo de Martí fué extraordinario (yo puedo decirlo con certeza, porque lo presencié)... Empezó luego a escribir en los periódicos, y a poco fundó *La Revista Venezolana*, de la cual no salieron sino dos entregas, porque él se vió en la necesidad forzosa de irse a Nueva York, desde donde siguió colaborando en las columnas de *La Opinión Nacional*. Ello es lo cierto que su nombre, como trabajador infatigable por la independencia política de Cuba, su figura simpática, su prestigio como orador, el número copioso de sus escritos sobre diversos e interesantes temas o cuestiones, el excelente elogio que hizo de Cecilio Acosta y las formas abundosas y la desbordante grandilocuencia de su estilo, extrañamente arcaico, audaz como ninguno en las imágenes, pletórico de fantasía deslumbradora, como una vasta selva americana bañada a torrentes por la luz, en ocasiones lleno de extravagantes metáforas, y en otras interminable en los períodos, le granjearon la más ciega y entusiasta admiración entre algunos de los jóvenes de aquella época.»

Juvenal Anzola, en sus *Recuerdos universitarios* y refiriéndose a la misma época, dice: «Deseosos algunos jóvenes de recibir clase de oratoria del insigne Martí, obtuvieron su beneplácito entusiasta,

Sabedor de lo que ocurría el ilustrado y benemérito doctor Guillermo Tell Villegas, nos ofreció el principal salón de su Colegio, regentado entonces en el edificio que hoy ocupa la Academia Nacional de Bellas Artes. En él, varias veces a la semana, y por algún tiempo, de las ocho a las diez de la noche, vibró, poderosa, la voz elocuentísima de aquel peregrino de la libertad, de aquel atleta incansable que anhelaba dejar en el ánimo de la juventud venezolana, vinculados, todos los tesoros de su alma, todos los ensueños de su inagotable fantasía, todas las grandezas de un porvenir apenas concebible.»

Entre los jóvenes venezolanos que recibieron saludables enseñanzas de Martí y mencionados por Anzola, figuran Gil Fortoul, César A. Zumeta y Gonzalo Picón Febres, tres escritores que alcanzaron después nombres brillantes en las letras de su país.

El 28 de julio de 1881, Martí, por motivos políticos y personales que le honran, abandonaba Venezuela embarcándose en el *Claudius* con rumbo a Nueva York, y se despedía con una expresiva carta dirigida a Fausto Teodoro de Aldrey, publicada en *La Opinión Nacional*, y de la cual es este hermoso y significativo párrafo: «De América soy hijo: a ella me debo. Y de la América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, ésta es

la cuna; ni hay para labios dulces copa amarga; ni el áspid muerde en pechos varoniles; ni de su cuna reniegan hijos fieles. Déme Venezuela en qué servirla: ella tiene en mí un hijo.»

Martí y su carácter.—Rasgos físicos y morales.

Hablen los que le conocieron:

En cuanto a su carácter «era Martí un espíritu melancólico, un alma triste», dice Manuel de la Cruz. Sanguily, agrega: «Desde la niñez, parecía destinado a vagar por el mundo sin calma ni alegría, como si las heridas, jamás cicatrizadas de su patria, hubieran abierto en sus entrañas úlceras incurables y encendido en su mente la sublime idea de redención, cual llama inextinguible que habría de consumirlo en holocausto propiciatorio ofrendado a la verdad y a la justicia.»

«Era de aspecto simpático y gentil. Brillaba en su frente ancha, convexa y luminosa, coronada de negro y rizo cabello, algo de la vaga idealidad de Byron y de la romántica melancolía de Gesner. Los ojos de Martí, cual las almendras de la Habana, tenían mu-

cho de dulce y de nativo; oblongos y rasgados, como los de los árabes, eran melancólicos y tiernos, con la peculiar expresión de la raza latina.»—*Antonio Batres Jáuregui.*

«Era Martí—dice Darío—de temperamento nervioso, delgado, de ojos vivaces y bondadosos. Su palabra suave y delicada en el trato familiar cambiaba su raso y blandura en la tribuna, por los violentos cobres oratorios... Era pequeño de cuerpo, rostro de iluminado, voz dulce y dominadora al mismo tiempo.»

«De atracción fascinadora en el trato social por el encanto y las enseñanzas de su conversación... Yo le conocí en la vida íntima. En aquel corazón de luz no había un punto oscuro; en aquella alma tersa y limpia no había el más ligero pliegue, el menor doblez.»—*Tomás Estrada Palma.*

«De Martí, en la plática mano a mano, en la efusión espontánea de su pensamiento ardoroso, que brotaba por los labios, los ojos y los ademanes, podía decirse con verdad lo que el Cosimo de D'Annunzio dice del escultor Gadi: Pertenece a la más noble de las castas humanas; es un vivificador.»—*Enrique José Varona.*

«Blanco por dentro y por fuera, vigoroso de espíritu y de cuerpo, amante más de la idea que de la

sensación, poético por la propaganda del bien, raro será que haya sitio terrenal y determinado donde no se sienta comprendido y secundado.»—*Juan de Dios Peza.*

«Rostro ovalado y parejo, encuadrado en el marco de una frente espaciosa, como un horizonte de luz, revela en la mirada, investigadora y penetrante, una suavidad de sentimientos que corresponde a la delicadeza de su estilo; el bigote es poblado, signo de virilidad, y la nariz vigorosa, pero de perfecta modelación; en general, muestra una faz simpática que infunde ideas extraordinarias.»—*Pedro Pablo Figueroa.*

«Era Martí de mediana estatura, cabellera negra y abundante que rodeaba una frente amplia y bombeada, ojos negros de mirada dulce y penetrante, tez blanca pálida, como son generalmente los cubanos, bigote negro y crespo, y un óvalo perfecto redondeaba su fisonomía armoniosa y vivaz. En su cuerpo delgado predominaba el temperamento nervioso, que hacía rápidos todos sus movimientos, y sus manos, finas y alargadas, revelaban al hombre culto consagrado a las tareas intelectuales... Su fisonomía moral se caracterizaba por la más absoluta honestidad en todos los actos de su vida y por el mayor desprendimiento de sus propios intereses en

favor del ideal a que había consagrado su existencia: la libertad de Cuba »—*Miguel Tedín.*

«Conocí personalmente al hombre prodigioso. Era de porte desgarbado, desaliñado en el vestir... La cabeza demasiado grande para aquel cuerpo endeble... Martí, con el sombrero puesto, no revelaba ninguna particularidad; descubierta la cabeza, ofrecía otro aspecto: dominaba su frente, y al romper el canto sobre cualquier motivo, por fútil que fuese, ya estaba descorrido el genio, y mudo y alucinado el espectador.»—*José Miró.*

«El simple aspecto de Martí producía impresión extraordinaria. Era delgado, nervioso, recio, de movilidad tan continua que, a primera vista, se asemejaba a la inquietud morbosa; pero luego se veía que no era aquélla, sino la condición indispensable de la vida que se había dado, la sola manera de realizar el trabajo enorme que se había impuesto. Aquellos movimientos que se sucedían con vertiginosa rapidez, aquel pasar incesante de una cosa a otra, aquel ir y venir perpetuos y siempre de carrera, producían, al fin de cada jornada, un resultado de asombrosa regularidad y gran provecho.»—*Diego Vicente Tejera.*

«Frente a la muerte no se puede mentir; hasta allí no se puede llegar sino desnudo de ficciones.

Yo ví a Martí entero y sin decaimiento cuando en el tremendo fracaso de la *Fernandina* (1), en donde lo perdimos todo, quedándonos sin recursos y sin crédito como premio doloroso de algunos años de ímprobo trabajo (2). ¡Qué días tan amargos aquellos que nos tenía preparados el Destino! Al lado de la terrible contrariedad que sufrían unos hombres preparados con entusiasmo para una grandiosa empresa, ese fracaso, no solamente dejaba comprometida la vida, sino también algo más grande: el honor. Preciso era, en lance tan desesperado, jugar el todo por el todo, y vi entonces a Martí, sin miedo y resuelto a correr los azares de una suerte por demás incierta cuando para cumplir la palabra empeñada con la propia conciencia y con la Patria, nos lanzamos a la mar en débil barquichuelo, llevándodoles en vez de elementos de guerra a los compañeros combatientes la dolorosa noticia del fraca-

---

(1) Puerto de la Florida.—E. U. A.

(2) Se refiere Gómez al embargo hecho por las autoridades yanquis de los vapores «Amadis», «Lagonda» y «Baracoa» de que constaba la expedición preparada por el Partido Revolucionario Cubano, dirigido por Martí. Este embargo estuvo a punto de hacer fracasar todo el plan de guerra, organizado a costa de enormes sacrificios por los cubanos emigrados y que dió por resultado la libertad de la isla.

so... Después de eso vi a Martí resuelto y entero, cuando, no contento el Destino con la desgracia con la cual acababa de fustigarnos, dispuso fuésemos traicionados y abandonados en la mar por los mismos que se habían comprometido, mediante una retribución adelantada, a conducirnos a la tierra amada. Momentos angustiosos fueron aquellos, capaces de meter miedo a los espíritus más fuertes y mejor templados, y a hombres como Martí, no acostumbrados a los azares de la guerra. Extraño contraste: habíamos principiado por la más horrenda derrota, para obtener después, como se ha visto, la más espléndida victoria. Así ha sido Cuba y seguirá siéndolo... Murió Martí a los primeros resplandores de este gran incendio que ilumina a la América toda, y, sin embargo de su muerte prematura, vive y vivirá en la memoria de sus compañeros como si hubiera sido un héroe de cien batallas, y es que a Martí, como obrero afortunado en la preparación de la obra redentora de su tierra, el Destino le tenía preparada, como premio, su tumba gloriosa en Dos Ríos. ¡Qué mayor fortuna, ya que morirse tiene, que principiar la labor sagrada de la Patria en la tribuna y concluirla en el campo de batalla! ¡Mayor grandeza no puede esperarse de un hombre!»—*Máximo Gómez.*

Diez años en Norte América.

En 1881 se instaló Martí en Nueva York. Allí, en la urbe inmensa, levantó su taller el productor. Iba a *hacer Patria,* a seguir trabajando por la libertad de su pueblo oprimido. Pero necesitaba vivir para él y para los suyos. Tenía hogar a quien sostener, padres que reclamaban la ayuda del hijo proscripto. Y, sobre sus hombros de titán, echó toda la carga, valiente, magnánimo, heroico siempre.

Fué entonces el gran corresponsal de periódicos de Hispano-América; colaboró en *The Sun*; redactó periódicos de propaganda política; tradujo al castellano infinidad de trabajos, entre ellos las novelas *Ramona*, de Helen Hunt Jackson, y *Misterio*, de Hugo Conway; hizo crítica literaria; pronunció discursos que quedarán, por siempre, como modelos de oratoria; trabajó como oficinista y hombre de letras en casas comerciales y editoriales; desempeñó representaciones consulares de importancia, entre ellas la de la República Argentina y la del Uruguay, y cuando llegaba la noche, después del trajín formidable del día, descansaba dando clases gratuítas

a los hermanos emigrados, que recibían de sus labios la luz inmortal de su espíritu.

Desde Nueva York realizó nuevos y rápidos, pero fecundos viajes, por América. Fué a Costa Rica, a México, por segunda vez; a Santo Domingo, a Haití y a Colombia.

Su actividad política, en estos años, fué extraordinaria y única. Un escritor eminente, Américo Lugo, la ha sintetizado así: «Recoger el legado terrible de las insurrecciones anteriores; derivar de estos desastres provechosa enseñanza; pesar los errores políticos de la metrópoli y su incapacidad para modificar el sistema de gobierno colonial; estudiar profundamente la naturaleza del pueblo cubano; fundir preocupaciones de raza en el fuego de fraternal amor; unir cordialmente los elementos que parecían más antagónicos; contener el ímpetu de los impacientes; animar a los desesperanzados; persuadir a los descreídos; organizar las agrupaciones de emigrados; disciplinarlas en el cumplimiento del deber patriótico; electrizarlas con la magia de su elocuencia; reanimar en lo interior de la postrada Isla el fuego casi extinto de la insurrección; propagarlo con admirable sigilo; crear recursos; constituir el Partido Revolucionario; enseñar al pueblo a ser patriota; educarlo para la libertad; adiestrarlo

para la lucha; instruirlo de los peligros; investirlo de prudencia y de constancia; inculcarle los métodos republicanos; influirle el espíritu de sacrificio; galardonarlo con el decoro; inflamarlo con el heroísmo; recorrer un continente; conmoverlo; evocar a sus héroes; golpear sus ruinas; arrancarle, en fin, su secreto al Destino; agitar el mundo y fijar en el espacio azul la estrella solitaria con la sola fuerza de su brazo y de su genio, tal fué la obra magna, estupenda, sin igual, realizada por Martí, en este período de su vida.»

«Empezó por buscar el apoyo de los de abajo —dice Miguel Angel Carbonell, otro gran publicista cubano—, y, con su elocuencia sublime, puso en la sima la semilla revolucionaria y dió a sus conciudadanos la grata nueva de un amanecer brillante, y su grito sonoro de redención repercutió en la atmósfera tranquila. Desde esos momentos, era como un mar en cólera; todas las protestas del pueblo salieron por los labios de un hombre que entonó gorjeos y voceó anatemas; que alzó el vuelo como el águila y atacó como el león.»

Su obra en Tampa y Cayo Hueso.

El 26 de noviembre de 1891, llamado por la Directiva del Club *Ignacio Agramonte*, fué Martí a Tampa. Ese mismo día habló en el Liceo. Su discurso conmovió al pueblo. El 27 pronunció otro discurso, y pasó poco después a Cayo Hueso. «El pueblo cubano emigrado a los Estados Unidos —dice Manuel de la Cruz—ascendía a veinticinco mil individuos, obreros y productores en su mayoría. A ellos dirigió su propaganda; les dió por programa su ideal, los organizó y disciplinó.» Ya sabemos que Martí «fué, en gran parte, el educador de su pueblo». Pues bien; cinco meses después de este viaje que comentamos, el 10 de abril de 1892, quedaba proclamado el Partido Revolucionario Cubano en Cayo Hueso, Tampa y Nueva York, «bajo las bases y estatutos que Martí redactó y puso en acción»; y un año más tarde, como delegado general del Partido Revolucionario Cubano, el mismo Martí ofrecía a Máximo Gómez la dirección de la guerra en aquel hermoso documento que es, a la vez, invitación, ruego y mandato. Escuchad: «Yo invito a us-

ted, sin temor de negativa—decía en él—a este nuevo trabajo, hoy que no tengo más remuneración para ofrecerle que el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres.» Más adelante agregaba: «Los tiempos grandes requieren grandes sacrificios, y yo vengo confiado a rogar a usted que deje en manos de sus hijos nacientes, y de su compañera abandonada, la fortuna que les está levantando con su valor, para ayudar a Cuba a conquistar su libertad, con riesgo de la muerte.»

Mirad, ahora, cómo contestó, al requerimiento, el gran soldado: «Para la parte que me toca, para la cantidad de trabajo y de labor en la grande obra que vamos a recomenzar, desde ahora puede usted contar con mis servicios.»

La revolución, soñada y alentada por Marti, estaba en pie.

* * *

Observa Américo Lugo que el pueblo español salía ileso siempre de los ataques terribles de Martí al Gobierno. Y cita el apotegma que en labios de Martí fué rayo de luz reveladora: «No hemos de olvidar que si españoles fueron los que nos sentenciaron a muerte, españoles son los que nos han dado la vida.»

Este mismo criterio, tan profundamente americano, es el mismo que sustentara en el primer discurso de Tampa, cuando dijo: «¿Habremos de temer, al español, en Cuba? Al español llano, que ama la libertad como la amamos nosotros, y busca con nosotros una patria en la justicia, superior al apego a una patria incapaz e injusta, al español que padece, junto a su mujer cubana, del desamparo irremediable y el mísero porvenir de los hijos que le nacieron con el estigma de hambre y persecución, con el decreto de destierro en su propio país, con la sentencia de muerte en vida con que vienen al mundo los cubanos? ¿Temer al español liberal y bueno, a mi padre valenciano, a mi fiador montañés, al gaditano que me velaba el sueño febril, al catalán que juraba y votaba porque no quería el criollo huir con sus vestidos, al malagueño que saca en sus espaldas del hospital al cubano impotente, al gallego que muere en la nieve extranjera, al volver de dejar el pan del mes en la casa del general en jefe de la guerra cubana? ¡Por la libertad del hombre se pelea en Cuba, y hay muchos españoles que aman la libertad! ¡A estos españoles los atacarán otros; yo los ampararé toda mi vida!»

En otra ocasión dijo: «A España se la puede amar, y los mismos que sentimos todavía sus lati-

gazos sobre el hígado la queremos bien; pero no por lo que fué ni por lo que violó, ni por lo que ella misma ha hecho con generosa indignación abajo, sino por la hermosura de su tierra, carácter sincero y romántico de sus hijos, ardorosa voluntad con que entra ahora en el concierto humano y razones históricas que a todos se alcanzan, y son como aquellas que ligan con los padres ignorantes, descuidados o malos a los hijos buenos.»

Ahora escuchad cómo quería él que fuese la República de sus sueños. En el mismo discurso a que nos referimos exclamaba, transfigurado por la más noble emoción humana: «Yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre. En la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero el golpe que reciba cualquier mejilla de hombre (el mal de uno es el mal de todos, habría de decir alguien después): envilece a los pueblos desde la cuna el hábito de recurrir a camarillas personales fomentadas por un interés notorio o encubierto, para la defensa de las libertades; sáquese a lucir, y a incendiar las almas, y a vibrar como el rayo, a la verdad, y síganla, libres, los hombres honrados... O la república tiene por base el carácter entero de cada uno de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar

por sí propio, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como de honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás—la pasión, en fin, por el decoro del hombre—, o la república no vale una lágrima de nuestras mujeres, ni una sola gota de sangre de nuestros bravos.»

El segundo discurso de Tampa fué pronunciado en la velada efectuada en conmemoración del vigésimo aniversario del fusilamiento de los estudiantes, realizado en la Habana, por las tropas españolas el 27 de noviembre de 1871. De él son estas frases diamantinas y del más puro sabor Martiniano: «Por lo invisible de la vida corren magníficas leyes. Los pueblos viven de la levadura heroica. El mucho heroísmo ha de sanear el mucho crimen. Donde se fué muy vil, se ha de ser muy grande. ¡Mañana como hoy en el destierro, irán a poner flores en la tierra libre, ante el monumento del perdón, los hermanos de los asesinados, y los que, poniendo el honor sobre el accidente del país, no quieren llamarse hermanos de los asesinos!»

El problema de la raza.—Su sentimentalismo.

Nadie, como Martí, en América, había exteriorizado, hasta que él hablara, pensamientos tan profundos y generosos respecto a la confraternidad de las razas, ni nadie brindó al negro un afecto tan cordial como el que se constata a través de toda su obra. «Trae cada raza al mundo su mandato—dice—, y hay que dejar la vía libre a cada raza, si no se ha de estorbar la armonía del Universo para que emplee su fuerza y cumpla su obra, en todo el decoro y fruto de su natural independencia. Tiene el negro una gran bondad nativa que ni el martirio de la esclavitud pervierte, ni se obscurece con su varonil bravura. Pero tiene, más que otra raza alguna, tan íntima comunión con la naturaleza, que parece más apto, que los demás hombres, a estremecerse y regocijarse con sus cambios. Hay en su espanto y alegría algo de sobrenatural y maravilloso que no existe en las demás razas primitivas, y recuerda, en sus movimientos y miradas, la majestad del león; hay en su aspecto una lealtad tan dulce, que no hace

pensar en los perros, sino en las palomas; y hay en sus pasiones tal claridad, tenacidad e intensidad, que se parecen a los rayos del sol.»

Martí, creyendo como Guyau, que el que no obra como piensa no piensa completamente, consideraba que no había en Cuba más que una raza: cubanos. Y, de acuerdo con este modo de encarar el problema, fundó en Nueva York una sociedad, *La Liga*, «en donde—recuerda Valdés Domínguez—reunía a los hombres de la raza negra y les daba algo de su alma y mucho de su fe; y él recibía en su casa y en su oficina a todos los hombres que, como Rafael Serra, Bonilla, y muchos más, fueron sus discípulos, sus íntimos, y, en muchos casos, sus más leales amigos. ¿Qué extraño, pues, que al hablar en la guerra a los valientes negros de Oriente, éstos lo aclamaran como algo extraterreno, como nuevo Jesús?»

Martí fué un hombre excelso que no abrigó nunca el odio en su corazón. Fué un elegido, una flor purísima de humanidad. El alto sentimentalismo de Martí, produjo frutos ópimos durante la guerra que dió la Independencia a Cuba. «Este *fenómeno*—dice el general Fernando Freyre de Andrade—fué producto del sentimentalismo elevado de Martí, y fué, además, la más sabia política de guerra. A la gue-

rra sin cuartel, al fusilamiento del prisionero, respondieron nuestros jefes y nuestros caudillos dando libertad a los prisioneros españoles. Así procedió el brigadier Alfredo Rego en los albores de la Revolución; así se condujo constantemente Máximo Gómez; esa fué la conducta del titán Maceo; ese fué el modo de proceder de Calixto García; ese fué el modo constante de conducirse todos los jefes militares. ¿Fué esto sólo producto del nuevo carácter cubano? ¿Fué medida de hábil política para hacer que la resistencia de los adversarios fuese más débil? ¿Fué hecho para provocar la simpatía benévola del coloso del Norte, que, al fin, echó el peso de su influencia generosa en la balanza de nuestros destinos? No; fué un sentimiento natural y espontáneo, producto del recuerdo de un hombre cuya memoria era para nosotros sagrada, cuya predicación fué nuestro evangelio, cuya vida fué nuestro ejemplo y cuya muerte santificó a la revolución.»

El americanismo de Martí.—Las dos Américas.

A Martí se le ha llamado «el primero de los maestros de americanismo en América». Pues bien, veamos, hoy que, barajando intereses de todo género, tanto se habla de este tópico, la forma en que Martí abarcó, en síntesis admirable y reveladora, la magnitud del gran problema de las dos Américas en su relación con la libertad de las Antillas. Dice Martí:

«Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son dos islas las que vamos a libertar.»

«La libertad de Cuba es el suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de las Antillas libres, la independencia amenazada de la América libre y la dignidad de la República norteamericana.»

«En nuestra América hay mucho más sentido de lo que se piensa. Lo que el americanismo sano pide es que cada pueblo de América se desenvuelva con el albedrío y propio ejercicio necesarios a la salud, aunque al cruzar el río se moje la ropa y al subir tropiece, sin dañarle la libertad a ningún otro pue-

blo, que es puerta por donde los demás entrarán a dañarle la suya, ni permitir que con la cubierta del negocio o cualquiera otra lo apague y cope un pueblo voraz e irreverente. En América hay dos pueblos, y no más que dos, de alma muy diversa por los orígenes, antecedentes y costumbres, y sólo semejantes en la identidad fundamental humana. De un lado está nuestra América, y todos sus pueblos son de una naturaleza y de cuna parecida o igual, e igual mezcla imperante; de la otra parte está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentar, y de la que, con el decoro firme y la sagaz independencia, no es imposible y es útil ser amigo.»

Tres lustros más tarde, el 31 de julio de 1906, Elihu Root, secretario de Estado de la gran República del Norte, en la Conferencia Panamericana de Río de Janeiro, concordando con el espíritu de Martí, pronunciaba las siguientes sugestivas palabras, dignas de meditación: «Nosotros no queremos otras victorias que las de la paz; ningún territorio, excepto nuestro territorio; ninguna soberanía, excepto la soberanía sobre nosotros mismos. Consideramos la independencia y los derechos del miembro más pequeño y débil de la familia de las naciones, tan dignos de respeto, como los del más grande imperio, y

la observancia de ese respeto como la principal garantía del débil contra la opresión del fuerte. No pretendemos ni deseamos otros derechos, privilegios o favores, que no concedamos libremente a toda república americana. Deseamos aumentar nuestra prosperidad, ampliar nuestro comercio, crecer en riqueza, sabiduría y espíritu públicos; pero nuestro concepto del verdadero modo de realizar esto no es echar abajo a los otros y aprovecharnos de su ruina, sino ayudar a todos los amigos a una común prosperidad y un crecimiento común, para que todos lleguemos a ser, juntos, mayores y más fuertes.»

Y como corolario a este capítulo transcribimos aquí el pensamiento de Martí, que completa su teoría respecto a la consolidación de relaciones entre su país y el gigante del Norte, sin temores de absorciones ni avasallamientos: «No hay más modo seguro y digno de obtener la amistad del pueblo norteamericano, que sobresalir ante sus ojos en sus propias capacidades y virtudes. Los hombres que tienen fe en sí, desdeñan a los que no se tienen fé; y el desdén de un pueblo poderoso es mal vecino para un pueblo menor. A fuerza de igualdad en el mérito, hay que hacer desaparecer la desigualdad en el tamaño. Adular al fuerte y empequeñecerle es el modo certero de merecer la punta de su pie más que

la palma de su mano. La amistad, indispensable, de Cuba y los Estados Unidos, requiere la demostración continua por los cubanos de su capacidad de crear, de organizar, de combinarse, de entender la libertad y defenderla, de entrar en la lengua y hábitos del Norte con más facilidad y rapidez que los del Norte en las civilizaciones ajenas. Los cubanos viriles y constructores son los únicos que verdaderamente sirven a la amistad durable y deseable de los Estados Unidos y de Cuba.»

La muerte del héroe.

Y hemos llegado a la última etapa de esta vida. El héroe, sereno, altivo, magnánimo siempre, ya su obra cumplida, va a encaminarse al sacrificio. No le resta sino morir. El ha sido el inspirador, el númen del movimiento, del alzamiento armado dentro y fuera de la Isla, el propagandista genial, el organizador incansable, el verbo, centelleante y deslumbrador, que ha arrastrado a todos. ¿Podía quedarse en tierra yanqui el más audaz de los rebeldes esperando, sin riesgos personales, el resultado de la invasión, quien era su alma y su guía? ¿El que forjó el

rayo liberador de su pueblo, podía temer al plomo del enemigo?

Por eso, cuando «sonó la hora natural»—como él decía —, estalló la revolución que él fomentara, de la que era alma y númen, pues aunque sin él—según Nicolás Heredia—«lo que había de suceder hubiera sucedido, es lo cierto que por él se precipitó la solución y se abreviaron los dolores de Cuba esclavizada».

«El 24 de febrero—dice Gastón Mora y Varona—, es la obra suprema de Martí, como el 10 de octubre fué la obra suprema de Céspedes. El patriota insigne de 1868 fué el precursor del patriota insigne de 1895.»

Antes de estallar la revolución del 24 de febrero de 1895, Martí partió rumbo a Cuba sin que nada ni nadie pudiera disuadirle de lo que él consideraba deber inexorable: Ir a exponer su pecho a las balas de los opresores de su tierra y morir en ella «de cara al sol» como debia caer el último redentor de América. Leed estos párrafos de crónica:

Enrique Loinaz del Castillo, soldado valeroso de la revolución cubana, describe así la figura y acción de Martí en el ejército libertador: «A las diez de la mañana Martí había arengado a las espléndidas tropas de Bartolomé Masó, y a la escolta de Gómez,

reunidas en hermosa formación y al mando directo del General en Jefe. Su tribuna fué el corcel de batalla; en el brazo levantado relampagueaba su espada de libertador, y en su ademán altivo agigantábase un vibrante reto a todos los tiranos. Aquella arenga, de cara al sol, sobre la verde llanura cruzada por el Cauto majestuoso y alineada de escuadrones, en sugestiva armonía con los brillantes reflejos de las armas, fascinaba el oído y arrebataba los corazones. Aclamaciones estentóreas interrumpían aquellos conmovedores llamamientos al valor de los cubanos. Y cuando bajó del caballo, jadeante, el rostro como encarnadas rosas, y el acero puesto al cielo como para abrir paso a la República, un viva inmenso, como explosión ensordecedora, llenó el espacio: «*¡Viva el Presidente de la República!*»—«Presidente, no. Llámenme, si quieren, el Delegado»—objetó el Maestro.»

Por la tarde de ese día inolvidable, en que Martí pronunció su último discurso, fué el combate de Dos Ríos. Sigamos extractando párrafos de crónica: «Máximo Gómez había tratado de impedir, a toda costa, que Martí le acompañara a la Isla. Toda la energía, todo el imperio, toda la natural elocuencia del caudillo respetado por sus años, la fuerza de su carácter y el prestigio de su gloria, nada pudo con-

tra el firmísimo propósito de Martí, *que había resuelto morir*. Marchando de Oriente hacia el Centro, siempre al lado del General en Jefe, se inclinaron hacia el Sur, donde el Contramaestre vierte sus aguas en la corriente caudalosa del Cauto. Aquí apareció el enemigo; Gómez exploró el campo y creyó propicia la ocasión para librar un combate de efecto. Su primera precaución fué ordenar a Martí que ocupase el lugar de menos peligro, y cumplido este deber, marchó a dirigir el combate. Cuando estaba más empeñado en éste, un ayudante le llevó la triste nueva: Martí, desobedeciendo sus órdenes, se había lanzado a la pelea y caído a los primeros disparos de la tropa española.»

El mismo General Máximo Gómez ha explicado la muerte de Martí en la siguiente forma: «Desobedeciendo mis órdenes, cargó al enemigo que lo esperaba parapetado tras una cerca y protegido por los árboles. No supe de él hasta que uno de sus ayudantes, que lo siguió cuando le ordenó que avanzara, vino a mi encuentro y me dijo: «General: han herido a Martí.» Quise llegar hasta el lugar en que había caído; pero me envolvían las descargas del enemigo, y aquí de mi pena al no poder rescatar el cadáver de mi amigo, de mi hermano, de mi compañero queridísimo, del valiente General a quien no

pude, con mis órdenes, contener, porque fué a la muerte con toda la energía y el valor de un hombre de voluntad y entereza indomables.»

«Murió como había soñado morir—dice Manuel de la Cruz—, como había profetizado que moriría. Y murió como actor prominente en la que puede ser postrímera tragedia de redención americana, último duelo a muerte entre la sociedad nueva y la metrópoli europea monárquica, hierática, prefiriendo siempre las catástrofes de la epopeya a las magnánimas concesiones del derecho, del humanitarismo y de la civilización.»

Era el 19 de mayo de 1895, día de luto y de gloria para la libertad de América.

ALBERTO GHIRALDO.

Madrid, 1925.

LIRA GUERRERA

MIS VERSOS

(Esta página fué escrita por Martí, a guisa de prólogo, para su colección de VERSOS LIBRES. *La damos hoy aquí porque ella puede aplicarse con justificación a la obra total del poeta.)*

Estos son mis versos. Son como son. A nadie los pedí prestados. Mientras no pude encerrar íntegras mis visiones en una forma adecuada a ella, dejé volar mis visiones: ¡oh, cuánto áureo amigo que ya nunca ha vuelto! Pero la poesía tiene su honradez, y yo he querido siempre ser honrado. Recortar versos también sé; pero no quiero. Así como cada hombre trae su

fisonomía, cada inspiracion trae su lenguaje. Amo las sonoridades difíciles, el verso escultórico, vibrante como la porcelana, volador como un ave, ardiente y arrollador como una lengua de lava. El verso ha de ser como una espada reluciente, que deja a los espectadores la memoria de un guerrero que va camino al cielo, y, al envainarla en el Sol, se rompe en alas.

Tajos son estos de mis propias entrañas—mis guerreros.—Ninguno me ha salido recalentado, artificioso, recompuesto, de la mente; sino como las lágrimas salen de los ojos y la sangre sale a borbotones de la herida.

No zurci de éste y aquél, sino que sajé en mí mismo. Van escritos, no en tinta de academia, sino en mi propia sangre. Lo que aquí doy a ver lo he visto antes (yo lo he visto, yo), y he visto mucho más, que huyó sin darme tiempo a que copiara sus rasgos.—De la extrañeza, singularidad, prisa, amontonamiento, arrebato de mis visiones, yo mismo tuve la culpa, que las he hecho surgir ante mí como las copio. De la copia soy yo el responsable. Hallé quebrados los vestidos, y otros no, y usé de estos colores. Ya sé que no

son usados. Amo las sonoridades difíciles y la sinceridad, aunque pueda parecer brutal.

Todo lo que han de decir, ya lo se, y me lo tengo contestado. He querido ser leal, y si pequé, no me avergüenzo de haber pecado.

José Martí.

PRIMEROS CANTOS

ODA

A mis hermanos muertos el 27 de noviembre de 1871.

Cadáveres amados los que un día
ensueños fuisteis de la patria mía,
¡arrojad, arrojad sobre mi frente
polvo de vuestros huesos carcomidos!
¡Tocad mi corazón con vuestras manos!
¡Gemid a mis oídos!
¡Cada uno ha de ser de mis gemidos
lágrimas de uno más de los tiranos!
¡Andad a mi redor; vagad en tanto
que mi ser vuestro espíritu recibe,
y dadme de las tumbas el espanto,
que es poco ya para llorar el llanto
cuando en infame esclavitud se vive!

Y tú; ¡oh Muerte!, hermana del martirio,
amada misteriosa
del genio y del delirio,
mi mano estrecha, y siéntate a mi lado;
¡os amaba viviendo, mas sin ella
no os hubiera tal vez idolatrado!

En lecho ajeno y en extraña tierra
la fiebre y el delirio devoraban
mi cuerpo, si vencido, no cansado,
y de la patria gloria enamorado.
¡El brazo de un hermano recibía
mi férvida cabeza,
y era un eterno, inacabable día,
de sombras y letargos y tristeza!

De pronto vino, pálido el semblante,
con la tremenda palidez sombría
del que ha aprendido a odiar en un instante,
un amigo leal, antes partido
a buscar nuevas vuestras decidido.
La expresión de la faz callada y dura,
los negros ojos al mirar inciertos,

algo como de horror y de pavura,
la boca contraída de amargura,
los surcos de dolor recién abiertos,
mi afán y mi ansiedad precipitaron.
—¿Y ellos? ¿Y ellos? mis labios preguntaron.
—¡Muertos! me dijo: ¡muertos!
Y en llanto amargo prorrumpió mi hermano,
y se abrazó llorando con mi amigo,
y yo mi cuerpo alcé sobre una mano,
viví en infierno bárbaro un instante,
y amé, y enloquecí, y os vi, y deshecho
en iras y en dolor, odié al tirano,
y sentí tal poder y fuerza tanta,
que el corazón se me salió del pecho,
y lo exhalé en un ¡ay! por la garganta.

Y vime luego en el ajeno lecho,
y en la prestada casa, y en sombría
tarde que no es la tarde que yo amaba.
¡Y quise respirar, y parecía
que un aire ensangrentado respiraba!
Vertiendo sin consuelo
ese llanto que llora al patrio suelo
—lágrimas que después de ser lloradas
nos dejan en el rostro señaladas

las huellas de una edad de sombra y duelo—,
mi hermano, cuidadoso,
vino a darme la calma, generoso.
Una lágrima suya,
gruesa, pesada, ardiente,
cayó en mi faz; y así, cual si cayera
sangre de vuestros cuerpos mutilados
sobre mi herido pecho, y de repente
en sangre mi razón se obscureciera,
odié, rugí, luché; de vuestras vidas
rescate halló mi indómita fiereza...
¡Y entonces recordé que era impotente!
¡Cruzó la tempestad por mi cabeza
y hundí en mis manos mi cobarde frente!

Y luché con mis lágrimas, que hervían
en mi pecho agitado, y batallaban
con estrépito fiero,
pugnando todas por salir primero;
y así como la tierra estremecida
se siente en sus entrañas removida,
y revienta la cumbre calcinada
del volcán a la horrenda sacudida,
así el volcán de mi dolor, rugiendo,
se abrió a la par en abrasados ríos,

que en rápido correr se abalanzaron,
y que las iras de los ojos míos
por mis mejillas pálidas y secas
en tumulto y tropel precipitaron.

Lloré, lloré de espanto y amargura:
cuando el amor o el entusiasmo llora,
se siente a Dios, y se idolatra, y se ora,
¡cuando se llora como yo, se jura!

¡Y yo juré! Fué tal un juramento,
¡que si el fervor patriótico muriera,
si Dios puede morir, nuevo surgiera
al soplo arrebatado de su aliento!
¡Tal fué, que si el honor y la venganza
y la indomable furia
perdieran su poder y su pujanza;
y el odio se extinguiese, y de la injuria
los recuerdos ardientes se extraviaran,
de mi fiera promesa surgirían,
y con nuevo poder se levantaran,
e indómita pujanza cobrarían!

Sobre un montón de cuerpos desgarrado
una legión de hienas desatada,
y rápida y hambrienta,
y de seres humanos avarienta,
la sangre bebe y a los muertos mata.

Hundiendo en el cadáver
sus garras cortadoras,
sepulta en las entrañas destrozadas
la asquerosa cabeza; dentro el pecho
los dientes hinca agudos, y con ciego
horrible movimiento se menea,
y despidiendo de los ojos fuego,
radiante de pavor, levanta luego
la cabeza y el cuello en sangre tintos;
al uno y otro lado,
sus miradas estúpidas pasea,
y de placer se encorva, y ruge, y salta,
y respirando el aire ensangrentado,
con bárbara delicia se recrea.
¡Así sobre vosotros
—cadáveres vivientes,
esclavos tristes de malvadas gentes—,
las hienas en legión se desataron,

y en respirar la sangre enrojecida
con bárbara fruición se recrearon!

Y así como la hiena desparece
entre el montón de muertos,
y al cabo de un instante reaparece
ebria de gozo, en sangre reteñida,
y semeja que crece,
y muerde, y ruge, y rápida desgarra,
y salta, y hunde la profunda garra
en un cráneo saliente,
y, al fin, allí se para triunfadora,
rey del infierno en solio omnipotente,
así sobre tus restos mutilados,
así sobre los cráneos de tus hijos,
¡hecatombe inmortal, puso sedienta,
despiadada legión garra sangrienta!
¡Así con contemplarte se recrea!
¡Así a la patria gloria te arrebata!
¡Así ruge, así goza, así te mata!
¡Así se ceba en ti! ¡Maldita sea!

Pero ¿cómo mi espíritu exaltado,
y del horror en alas levantado,
súbito siente bienhechor consuelo?
¿Por qué espléndida luz se ha disipado
la sombra infausta de tan negro duelo?
Ni ¿qué divina mano me contiene,
y sobre la cabeza del infame
mi vengadora cólera detiene?

¡Campa! ¡Bermúdez! ¡Alvarez! Son ellos,
pálido el rostro, plácido el semblante;
¡horadadas las mismas vestiduras
por los feroces dientes de la hiena!
¡Ellos los que detienen mi justicia!
¡Ellos los que perdonan a la fiera!
¡Dejadme ¡oh gloria! que a mi vida arranque
cuanto del mundo mísero recibe!
¡Deja que vaya al mundo generoso,
donde la vida del perdón se vive!

¡Ellos son! ¡Ellos son! ¡Ellos me dicen
que mi furor colérico suspenda,

y me enseñan sus pechos traspasados,
y sus heridas con amor bendicen,
y sus cuerpos estrechan abrazados,
¡y favor por los déspotas imploran!
¡Y siento ya sus besos en mi frente,
y en mi rostro las lágrimas que lloran!

¡Aquí están, aquí están! En torno mío
se mueven y se agitan...
—¡Perdón!
—¡Perdón!
—¿Perdón para el impío?
—¡Perdón! ¡Perdón!—me gritan,
¡y en un mundo de ser se precipitan!

¡Oh gloria, infausta suerte,
si eso inmenso es morir, dadme la muerte!

—¡Perdón!—Así dijeron
para los que en la tierra abandonada

sus restos esparcieron.
¡Llanto para vosotros los de Iberia,
hijos en la opresión y la venganza!
¡Perdón! ¡Perdón! esclavos de miseria.
¡Mártires que murieron, bienandanza!
La virgen sin honor del Occidente,
el removido suelo que os encubre
golpea desolada con la frente,
y al no hallar vuestros nombres en la tierra
que más honor y más mancilla encierra,
del vértigo fatal de la locura
horrible presa ya, su vestidura
rasga, y emprende la veloz carrera,
y, mesando su ruda cabellera,
—¡oh—clama—pavorosa sombra obscura!
¡Un mármol les negué que los cubriera,
y un mundo tienen ya por sepultura!

¡Y más que un mundo, más! Cuando se muere
en brazos de la patria agradecida,
la muerte acaba, la prisión se rompe!
¡Empieza, al fin, con el morir, la vida!

¡Oh, más que un mundo, más! Cuando la gloria
a esta estrecha mansión nos arebata,
el espíritu crece,
el cielo se abre, el mundo se dilata
y en medio de los mundos se amanece.

¡Déspota, mira aquí cómo tu ciego
anhelo ansioso contra ti conspira:
mira tu afán y tu impotencia, y luego
ese cadáver que venciste mira;
que murió con un himno en la garganta,
que entre tus brazos mutilado expira
y en brazos de la gloria se levanta!
No vacile tu mano vengadora;
no te pare el que gime ni el que llora:
¡Mata, déspota, mata!
¡Para el que muere a tu furor impío,
el cielo se abre, el mundo se dilata!

Madrid, 1872

A ROSARIO ACUÑA

(Poetisa cubana, autora del drama «Rienzi el tribuno», laureado en Madrid)

Espíritu de llama,
del Cauto arrebatado a la corriente,
ansioso de aire, libertad y fama;
espíritu de amor, trópico ardiente:
de Anáhuac portentoso
oye el aplauso que en mi voz te envía
al hispánico pueblo, el más hermoso
que mares ciñen y grandezas cría.

Mas ¿cómo no te dueles,
¡oh, poetisa gentil! de que en extraña
tierra enemiga te ornen los laureles
amarillos y pálidos de España,
si en tu patria de amor te esperan fieles
y el odio allí su brillantez no empaña?
¿Cómo, cuando Madrid te coronaba,
hija sublime de la ardiente zona,
sin Cuba allí, no viste que faltaba
a tu cabeza la mejor corona?
¡Ay! cuando entre tus manos,
albas y juveniles,
sin el beso de amor de tus hermanos,
sembradoras de mayos y de abriles,
la corona española brilla y rueda,
¿no se yergue ante ti, sombra de espanto,
pecadora inmortal, nube de llanto,
la sombra de la augusta Avellaneda?

Y de Orgaz el potente, ¿la olvidada
memoria no te humilla,
castigo digno de su lira hollada,
alma de Heredia que encarno en Zorrilla?

¡Que el canto estalla! ¿Que la voz del bardo
gloria pidiendo, el ánimo conturba?
Tambien estalla en mí; yo tambien ardo!
Mas si en el mar de los olvidos bogo
y aire de sombra el alma me perturba,
los turbulentos cánticos ahogo,
y al hierro vuelve la domada turba!

No hay gloria, no hay pasión; el mismo cielo,
la libertad espléndida es mentira,
si se la goza en extranjero suelo,
y con aire prestado
y llanto avergonzado,
huésped se llora ¡siervo se respira!

—¿Qué hace el cantor?
—Cantar, mas de manera
que hermano el canto de la heroica hazaña,
prez de la tierra que mancilla España,
con su laúd sobre la espada muera!
Y tú, mujer, y yo—desventurado
con alma de mujer varón formado—,

perdónemelo Dios! porque a mis bríos
con su miseria el hálito han cortado
viejos y niños, carne y huesos míos.
¿Qué hacer cuando en el alma se agiganta
la divina ambición? . . . ¡Patria divina!
Y ¿lo pregunto yo? ¡Vida mezquina
la que alienta la voz en la garganta!

¡Callar! Este es un canto
de voz de mártir, de celeste duelo,
y si el cielo es verdad, en sacro espanto
me encumbrará de mi canción al cielo;
mas si al ánimo vil, de vil tributo
siervo, no basta en el hogar de luto
este silencio pálido y benigno,
calle su voz de los infiernos fruto:
¡Morir! Esto es más digno.
¡Morir! ¡Qué gran valor! Cuando pudiera
robusto el brazo encadenar la gloria,
y en la patria bandera
trocar la estrella en sol de la victoria,
escribir lentamente en extranjera
tierra una débil y cobarde historia;
y sentir aquel sol que arrancaría

de la melena del rugiente hispano
por dar con él la brillantez del día
a mi adorado pabellón cubano;
y andar, cuerpo viviente,
entre un pueblo a este mal indiferente;
y decir sin cesar este delirio
en un canto que el labio nunca entona,
¿qué más, qué más laurel? ¿Cuándo el martirio
no fué en la frente la mejor corona?

¿Quién pide gloria al enemigo hispano?
No lleve el que la pida el patrio nombre
ni le salude nunca honrada mano;
el que los ojos vuelva hacia el tirano,
nueva estatua de sal al mundo asombre.

¿Qué plátano sonante,
qué palma cimbradora,
qué dulce piña de oro
al cierzo burgalés aroma dieron,
ni en castellana tierra florecieron?

¿Quién vió imagen del Cauto rumoroso,
de ondas sonoras de movible plata,
en el mísero Duero rencoroso
que entre rudos guijarros se desata?

Allá, Rosario, el alma se acongoja,
el cuerpo se entumece,
cubre la tierra helada la amarilla
veste que el árbol moribundo arroja,
en la noche invernal nunca amanece,
y la blanca y morada *maravilla*
que en la niñez ornó tu faz sencilla,
púdica y débil de temor no crece.

¿Tú, apretada en el pecho del invierno,
ardiente hermana mía?
¿Tú, presa en tierra fría,
hija de tierra del calor eterno?
Y el puerto del Caney hogar paterno
te dió, y amante halago,
dulcísima caricia,
y truecas a tu plácido Santiago
por el rudo Santiago de Galicia.

Y llanos vastos de nevada espuma
que el alma tropical mira oprimida,
y ¡tú en aquellos llanos, blanca pluma
en los ingratos témpanos perdida!

¡Oh, vuelve, cisne blanco,
paloma peregrina,
real garza voladora;
vuelve, tórtola parda,
a la tierra do nunca el Sol declina,
la tierra donde todo se enamora;
vuelve a Cuba, mi tórtola gallarda!

Y si funesto azar lauros te ofrece,
plácidos para ti, y en calma queda
la corona en tu mano, y reverdece,
piensa ¡oh poetisa! que ese lauro crece
en la tumba de Orgaz y Avellaneda.

Si la cándida garza peregrina
de amarillo color el albo seno

en hora aciaga tiñe;
si lauros nuevos a su frente ciñe,
nueva Gertrudis y fatal Corina,
piensa que el árbol que en el patrio suelo
el amplio tronco disentió robusto
y en las hinchadas venas sangre hervía,
hallará en su traición castigo justo,
si otro sol y otra sangre torpe ansía;
que el lauro envenenado
en la sangre de hermanos empapado,
en la frente del vil que lo ciñera
la deshonra en espinas trocaría;
que muere triste en la Germania fría
golondrina del Africa viajera.

Y si en su frente, seno poderoso
de los rayos del Sol, la vanagloria
tendido hubiera manto luctuoso;
si nuevo lauro España le ciñera,
y la espina del lauro no sintiera;
si plugiese a sus fáciles oídos
cuanto de amor que no es amor cubano,
y junto a sus laureles corrompidos
el cadáver no viese de un hermano,

¡arroje de su frente,
porque no es suyo, nuestro sol ardiente!
¡Devuélvanos su gloria,
página hurtada de la patria historia!
Y ¡arranca, oh patria, arranca
de su seno infeliz el ser perjuro,
que no es tórtola ya, ni cisne puro,
ni garza regia, ni paloma blanca!

México, agosto de 1876.

PATRIA Y MUJER

¡Otra vez en mi vida el importuno
suspiro del amor, cual si cupiera,
triste la patria, pensamiento alguno
que al patrio suelo en lágrimas no fuera!

¡Otra vez el convite enamorado
de un seno de mujer, nido de perlas,
bajo blando sutil aprisionado
que las enseña más con recogerlas!

¡De nuevo el pecho que el amor levanta
de suave afán y de promesas lleno,
de nuevo resbalando en la garganta
ondas de nácar sobre el níveo seno!

Y ¿con qué corazón, mujer sencilla,
esperas tú que mi dolor te quiera?
Podrá encender tu beso mi mejilla,
pero lejos de aquí mi alma me espera.

Dolor de patria este dolor se nombra;
cuerpo soy yo que mi orfandad paseo:
reflejo, cárcel, vestidura, sombra,
de un alma esquiva fatigado arreo.

Miente mi labio si se acerca al tuyo;
mienten mis ojos si de amor te miran;
de mujeril amor mis fuerzas huyo;
en incorpórea agitación se inspiran.

Amo yo más el árbol que sombrea
la tumba incierta del guerrero hermano,
que ese nido de perlas que hermosea
blonda más débil que tu amor liviano.

Allá, cuando se muere, todavía
vive el que yace abandonado y muerto;
le habla la tierra que lo cubre; el día
le dice los murmullos del desierto.

Le cuenta el triunfo de la patria amada;
le habla del brillo de la patria estrella;
y cubierto de tierra aprisionada,
se siente el muerto palpitar bajo ella.

Que el patrio amor las piedras abrillanta,
la tierra anima, el tronco añoso mueve,
por agua pisa, a Lázaro levanta,
y sombras y cadáveres conmueve.

La vida es inmortal: allí se acaba
el cuerpo que luchó por patria y gloria
y el vivo que se va, vivo se graba
de la adorada patria en la memoria.

Y brillarán los soles de fortuna,
y besarán los aires nuestras palmas.
y en cada copa mecerá una cuna
el invisible genio de las almas.

Sus cuerdas una la robusta lira,
y el corazón sus átomos perdidos;
a un solo amor mi corazón aspira;
para un solo dolor guarda latidos.

De imagen de mujer memorias pierda,
que es poco un cuerpo cuando el alma es tanta:
ni en alma ni en laúd hay ya más cuerda,
que la del sueño que la patria canta,

Si tanto bien a mi fortuna espera,
que al cabo libre hasta mi patria vuelo,
¡de cuánto sol se llenará la esfera!
¡De cuánto azul se llenará mi cielo!

Y si, más mártir que cobarde, libro
tanta amargura, de aquel sol lejano
mártir, más que cobarde, aquí lo adoro;
¡atada está, no tímida, mi mano!

Este cuerpo gentil rebosa vida,
y cada árbol allá cobija un muerto;
a todo goce esta mujer convida,
a toda soledad aquel desierto.

Coral, cobija perlas de su boca;
mórbidas ondas ciñen su garganta;
y escondido en el pecho, a amar provoca
ángel que con sus alas no levanta.

Mas cuando con amor de patria lleno
mi alma, que para amarla ensancharía,
¿entre blonda sutil perlado seno,
cárceles brinda al alma ansiosa mía?

No hable de amor mi corazón que late;
cuando en mi corazón hay un latido,
es que me anuncia que en algún combate
un héroe de la patria ha perecido.

Herida no hay allí que yo no sienta,
ni golpe el hierro da que no responda;
sagrado horror mi corazón alienta;
honda herida hace el vil; mi alma se esconda.

Truéqueme en polvo, extíngase este brío
en fatales vergüenzas empleado:
todo habrá muerto; mas en torno mío,
este amor inmortal no habrá acabado.

Pero es en vano; el polvo en la memoria
imágenes de muerte me desliza;
del fuego y del calor de aquella gloria
no merezco yo más que la ceniza.

¡Y pues que pude, miserable reo,
a tal voz de dolor callar contrito,
ceniza sobre el débil fariseo,
voces de compasión para el proscrito!

Habana, 1879

¡10 DE OCTUBRE!

No es un sueño, es verdad: grito de guerra
lanza el cubano pueblo, enfurecido;
el pueblo que tres siglos ha sufrido
cuanto de negro la opresión encierra.

Del ancho Cauto a la Escambraica sierra,
ruge el cañón, y al bélico estampido,
el bárbaro opresor, estremecido,
gime, solloza, y tímido se aterra,

De su fuerza y heroica valentía
tumbas los campos son, y su grandeza
degrada y mancha horrible cobardía.

Gracias a Dios que ¡al fin con entereza
rompe Cuba el dogal que la oprimía
y altiva y libre yergue su cabeza!

1869.

VERSOS CUBANOS

MI VERSO

Si ves un monte de espumas,
es mi verso lo que ves:
mi verso es un monte y es
un abanico de plumas.

Mi verso es como un puñal
que por el puño echa flor:
mi verso es un surtidor
que da un agua de coral.

Mi verso es de un verde claro
y de un carmín encendido:
mi verso es un ciervo herido
que busca en el monte amparo.

Mi verso al valiente agrada:
mi verso breve y sincero,
es del vigor del acero
con que se funde la espada.

PARA ARAGÓN

Para Aragón, en España,
tengo yo en mi corazón
un lugar todo Aragón,
franco, fiero, fiel, sin saña.

Si quiere un tonto saber
por qué lo tengo, le digo
que allí tuve un buen amigo,
que allí quise a una mujer.

Allá, en la vega florida,
la de la heroica defensa,
por mantener lo que piensa
juega la gente la vida.

Y si un alcalde lo aprieta
o lo enoja un rey cazurro,
calza la manta el baturro,
y muere con su escopeta.

Quiero a la tierra amarilla
que baña el Ebro lodoso:
quiero el Pilar azuloso
de Lanuza y de Padilla.

Estimo a quien de un revés
echa por tierra a un tirano:
lo estimo, si es un cubano;
lo estimo, si aragonés.

Amo los patios sombríos
con escaleras bordadas;
amo las naves calladas
y los conventos vacíos.

Amo la tierra florida,
mulsumana o española,
donde rompió su corola
la poca flor de mi vida.

DE CARA AL SOL

Yo quiero salir del mundo
por la puerta natural:
en un carro de hojas verdes
a morir me han de llevar.

No me pongan en lo oscuro
a morir como un traidor:
¡yo soy bueno, y como bueno
moriré de cara al Sol!

YO PIENSO, YO QUIERO...

Yo pienso, cuando me alegro
como un escolar sencillo,
en el canario amarillo,—
que tiene el ojo tan negro!

Yo quiero cuando me muera,
sin patria pero sin amo,
tener en mi losa un ramo
de flores—y una bandera!

EL ENEMIGO

El enemigo brutal
nos pone fuego a la casa:
el sable la calle arrasa,
a la luna tropical.

Pocos salieron ilesos
del sable del español:
la calle, al salir el Sol,
era un reguero de sesos.

Pasa, entre balas, un coche:
entran, llorando, a una muerta:
llama una mano a la puerta
en lo negro de la noche.

No hay bala que no taladre
el portón: y la mujer
que llama, me ha dado el ser:
me viene a buscar mi madre.

A la boca de la muerte,
los valientes habaneros
se quitaron los sombreros
ante la matrona fuerte.

Y después que nos besamos
como dos locos, me dijo:
«vamos pronto, vamos, hijo:
la niña está sola: vamos!»

PASA EL HIJO

Por ta tumba del cortijo
donde está el padre enterrado,
pasa el hijo, de soldado
del invasor: pasa el hijo.

El padre, un bravo en la guerra,
envuelto en su pabellón
álzase: y de un bofetón
lo tiende, muerto, por tierra.

El rayo reluce: zumba
el viento por el cortijo:
el padre recoge al hijo,
y se lo lleva a la tumba.

LA IMAGEN DEL REY...

La imagen del rey, por ley,
lleva el papel del Estado:
el niño fué fusilado
por los fusiles del rey.

Festejar el santo es ley
del rey: y en la fiesta santa
¡la hermana del niño canta
ante la imagen del rey!

EL RAYO SURCA, SANGRIENTO...

El rayo surca, sangriento,
el lóbrego nubarrón:
echa el barco, ciento a ciento,
los negros por el portón.

El viento, fiero, quebraba
los almácigos copudos:
andaba la hilera, andaba,
de los esclavos desnudos.

El temporal sacudía
los barracones henchidos:
una madre con su cría
pasaba, dando alaridos.

Rojo como en el desierto,
salió el Sol al horizonte,
y alumbró a un esclavo muerto,
colgado a un ceibo del monte.

Un niño lo vió: tembló
de pasión por los que gimen:
¡y, al pie del muerto, juró
lavar con su sangre el crimen!

CARA A CARA

Para modelo de un dios
el Pintor lo envió a pedir:—
¡para eso no! ¡para ir,
patria, a servirte los dos!

Bien estará en la Pintura
el hijo que amo y bendigo:—
¡mejor en la ceja oscura,
cara a cara al enemigo!

Es rubio, es fuerte, es garzón,
de nobleza natural:
¡Hijo, por la luz natal!
¡Hijo, por el pabellón!

Vamos, pues, hijo viril:
Vamos los dos; si yo muero,
me besas: si tú. . . ¡prefiero
verte muerto a verte vil!

EN EL NEGRO CALLEJÓN...

En el negro callejón
donde en tinieblas paseo,
alzo los ojos, y veo
la iglesia, erguida, a un rincón.

¿Será misterio? ¿Será
revelación y poder?
¿Será rodilla, el deber
de postrarse? ¿Qué será?

Tiembla la noche: en la parra
muerde el gusano el retoño;
grazna, llamando al otoño,
la hueca y hosca cigarra.

Graznan dos: atento al duo
alzo las ojos, y veo
que la iglesia del paseo
tiene la forma de un buho.

YO SÉ...

¡Penas! ¿Quién osa decir
que tengo yo penas? Luego,
después del rayo, y del fuego,
tendré tiempo de sufrir.

Yo sé de un pesar profundo
entre las penas sin nombres:
¡la esclavitud de los hombres
es la gran pena del mundo!

Hay montes, y hay que subir
los montes altos; ¡después
veremos, alma, quién es
quien te me ha puesto al morir!

QUÉ IMPORTA...

¿Qué importa que tu puñal
se me clave en el riñón?
¡Tengo mis versos, que son
más fuertes que tu puñal!

¿Qué importa que este dolor
seque el mar, y nuble el cielo?
El verso, dulce consuelo,
nace alado del dolor,

LOS HOMBRES DE MÁRMOL

Sueño con claustros de mármol
donde en silencio divino
las héroes, de pie, reposan:
¡De noche, a la luz del alma,
hablo con ellos: de noche!
Están en fila: paseo
entre las filas: las manos
de piedra les beso: abren
los ojos de piedra: mueven
los labios de piedra: tiemblan
las barbas de piedra: empuñan

la espada de piedra: lloran:
¡Vibra la espada en la vaina!
Mudo, les beso las manos.

¡Hablo con ellos, de noche!
Están en fila; paseo
entre las filas: lloroso
me abrazo a un mármol: «¡Oh mármol
dicen que beben tus hijos
su propia sangre en las copas
venenosas de sus dueños!
¡Que hablan la lengua podrida
de sus rufianes! ¡Que comen
juntos el pan del oprobio,
en la mesa ensangrentada!
¡Que pierden en lengua inútil
el ultimo fuego! ¡Dicen,
—oh mármol, mármol dormido—
que ya se ha muerto tu raza!»

Échame en tierra de un bote
el héroe que abrazo: me ase

del cuello: barre la tierra
con mi cabeza: levanta
el brazo, ¡el brazo le luce
lo mismo que un sol!: resuena
la piedra; buscan el cinto
las manos blancas: ¡del soclo
saltan los hombres de mármol!

VERSO AMIGO

Vierte corazón tu pena
donde no se llegue a ver,
por soberbia, y por no ser
motivo de pena ajena.

Yo te quiero, verso amigo,
porque cuando siento el pecho
ya muy cargado y deshecho,
parto la carga contigo.

Tú me sufres, tú aposentas
en tu regazo amoroso,
todo mi amor doloroso,
todas mis ansias y afrentas.

Tú, porque yo pueda en calma
amar y hacer bien, consientes
en enturbiar tus corrientes
con cuanto me agobia el alma.

Tú, porque yo cruce fiero
la tierra, y sin odio, y puro,
te arrastras, pálido y duro,
mi amoroso compañero.

Mi vida así se encamina
al cielo limpia y serena,
y tú me cargas mi pena
con tu paciencia divina.

Y porque mi cruel costumbre
de echarme en ti te desvía
de tu dichosa armonía
y natural mansedumbre;

porque mis penas arrojo
sobre tu seno y lo azotan,
y tu corriente alborotan,
y acá, lívido, allá rojo,

blanco allá como la muerte,
ora arremetes y ruges,
ora con el peso crujes
de un dolor más que tú, fuerte;

¿habré, como me aconseja
un corazón mal nacido,
de dejar en el olvido
a aquel que nunca me deja?

¡Verso, nos hablan de un Dios
adonde van los difuntos;
verso, o nos condenan juntos,
o nos salvamos los dos!

VERSOS LIBRES

«POLLICE VERSO»

(MEMORIA DE PRESIDIO)

¡Sí, yo también desnuda la cabeza
de tocado y cabellos, y al tobillo
una cadena lurda, heme arrastrado
entre un montón de sierpes, que revueltas
sobre sus vicios negros, parecían
esos gusanos de pesado vientre
y ojos viscosos, que en hedionda cuba
de pardo lodo lentos se revuelcan!
Y yo pasé, sereno entre los viles,
cual si en mis manos, como en ruego juntas,
las anchas alas púdicas, abriese

una paloma blanca. Y aún me aterro
de ver con el recuerdo lo que he visto
una vez con mis ojos. ¡Y espantado,
póngome en pie, cual a emprender la fuga!
¡Recuerdos hay que queman la memoria!
¡Zarzal es la memoria; mas la mía
es un cesto de llamas! A su lumbre
el porvenir de mi nación preveo.
Y lloro. Hay leyes en la mente, leyes
cual las del río, el mar, la piedra, el astro,
ásperas y fatales: ese almendro
que con su rama oscura en flor sombrea
mi alta ventana, viene de semilla
de almendro; y ese rico globo de oro
de dulce y perfumoso jugo lleno
que en blanca fuente una niñuela cara,
flor del destierro, cándida me brinda,
naranja es, y vino de naranjo.
Y el suelo triste en que se siembran lágrimas,
dará árbol de lágrimas. La culpa
es madre del castigo. No es la vida
copa de mago que el capricho torna
en hiel para los míseros, y en férvido
tokay para el feliz. La vida es grave,
y hasta el pomo ruïn la daga hundida,
al flojo gladiador clava en la arena.

Alza ¡oh pueblo! el escudo, porque es grave
cosa esta vida, y cada acción es culpa
que como aro servil se lleva luego
cerrado al cuello, o premio generoso
que del futuro mal próvido libra.

¿Veis los exclavos? Como cuerpos muertos
atados en racimo, a vuestra espalda
irán vida tras vida, y con las frentes
pálidas y angustiosas, la sombría
carga en vano halaréis, hasta que el viento
de vuestra pena bárbara apiadado,
los átomos postreros evapore.

¡Oh, qué visión tremenda! ¡Oh qué terrible
procesión de culpables! ¡Como en llano
negro los miro, torvos, anhelosos,
sin fruta el arbolar, secos los píos
bejucos, por comarca funeraria
donde ni el Sol da luz, ni el árbol sombra!
¡Y bogan en silencio, como en magno
océano sin agua, y a la frente

porción del Universo, frase unida
a frase colosal, sierva ligada
a un carro de oro, que, a los ojos mismos,
de los que arrastra en rápida carrera,
ocúltase en el áureo polvo, sierva
con escondidas riendas poderosas
a la incansable eternidad atada!

Circo la tierra es, como el romano;
y junto a cada cuna una invisible
panoplia al hombre aguarda, donde lucen,
cual daga cruel que hiere al que la blande,
los vicios, y cual límpidos escudos
las virtudes: la vida es la ancha arena,
y los hombres esclavos gladiadores.
Mas el pueblo y el rey, callados miran
de grada excelsa, en la desierta sombra.
Pero miran. Y a aquel que en la contienda
bajó el escudo, o lo dejó de lado,
o suplicó cobarde, o abrió el pecho
laxo y servil a la enconosa daga
del enemigo, las vestales rudas,
desde el sitial de la implacable piedra,
condenan a morir, *pollice verso.*

¡Llevan, cual yugo el buey, la cuerda uncida,
y a la zaga, listado el cuerpo flaco
de hondos azotes, el montón de siervos!

¿Veis las carrozas, las ropillas blancas
risueñas y ligeras, el luciente
corcel de crin trenzada y riendas ricas,
y la albarda de plata suntüosa
prendida, y el menudo zapatillo
cárcel a un tiempo de los pies y el alma?
¡Pues ved que los extraños os desdeñan
como a raza ruïn, menguada y floja!

A MI ALMA

LLEGADA LA HORA DEL TRABAJO

¡Ea, jamelgo! De los montes de oro
baja, y de andar en prados bien olientes
y de aventar con los ligeros cascos
mures y viboreznos, al sol rubio
mece gentil las brilladoras crines!

¡Ea, jamelgo! Del camino oscuro
que va do no se sabe, ésta es posada,
y de pagar se tiene al hostelero.

Luego será la gorja, luego el llano,
luego el prado oloroso, el alto monte.
Hoy bájese el jamelgo, que le aguarda
cabe el duro ronzal la gruesa albarda.

AL BUEN PEDRO

Dicen, buen Pedro, que de mí murmuras
porque tras mis orejas el cabello
en crespas ondas su caudal levanta.
¡Diles, bribón, que mientras tú en festines,
en rubios caldos y en fragantes pomas,
entre mancebas del astuto Norte,
de tus esclavos el sudor sangriento
torcido en oro descuidado bebes,
pensativo, febril, pálido, grave,
mi pan rebano en solitaria mesa
pidiendo ¡oh triste! al aire sordo, modo

de libertar de su infortunio al siervo
y de tu infamia a ti! Y en estos lances,
suéleme, Pedro, en la apretada bolsa
faltar la monedilla que reclama
con sus húmedas manos el barbero,

HIERRO

Ganado tengo el pan: hágase el verso;
y en su comercio dulce se ejercite
la mano, que cual prófugo perdido
entre oscuras malezas, o quien lleva
a rastra enorme peso, andaba ha poco
sumas hilando y revolviendo cifras.
Bardo, ¿consejos quieres? Pues descuelga
de la pálida espalda ensangrentada
el arpa dívea, acalla los sollozos
que a tu garganta como mar en furia
se agolparán, y en la madera rica

taja plumillas de escritorio y echa
las cuerdas rotas al movible viento.

¡Oh, alma, oh, alma buena! ¡Mal oficio
tienes!: póstrate, calla, cede, lame
manos de potentado, ensalza, excusa
defectos, ténlos—que es mejor manera
de excusarlos—, y mansa, temerosa,
vicios celebra, encumbra vanidades.
¡Verás entonces, alma, cual se trueca
en plato de oro rico tu desnudo
plato de pobre!
Pero guarda ¡oh alma!
que usan los hombres hoy oro empañado.
Ni de eso cures, que fabrican de oro
sus joyas el bribón y el barbilindo.
Las armas no—¡las armas son de hierro!

Mi mal es rudo; la ciudad lo encona;
lo alivia el campo inmenso.—¡Otro más vasto
lo aliviará mejor!—y las oscuras
tardes me atraen, cual si mi patria fuera
la dilatada sombra.

¡Oh verso amigo,
muero de soledad, de amor me muero!
No de amor de mujer; estos amores
envenenan y ofuscan. No es hermosa
la fruta en la mujer, sino la estrella.
La tierra ha de ser luz, y todo vivo
debe en torno de sí dar lumbre de astro.
¡Oh, estas damas de muestra! ¡Oh, estas copas
de carne! ¡Oh, estas siervas ante el dueño
que las enjoya y estremece echadas!
¡Te digo, oh verso, que los dientes duelen
de comer de esta carne!
Es de inefable
amor del que yo muero, del muy dulce
menester de llevar, como se lleva
un niño tierno en las cuidosas manos
cuanto de bello y triste ven mis ojos.

Del sueño que las fuerzas no repara
sino de los dichosos, y a los tristes
el duro humor y la fatiga aumenta,
salto, al sol, como un ebrio. Con las manos
mi frente oprimo, y de los turbios ojos
brota raudal de lágrimas. ¡Y miro

el sol tan bello y mi desierta alcoba,
y mi virtud inútil, y las fuerzas
que cual tropel famélico de hirsutas
fieras saltan de mí buscando empleo;
y el aire hueco palpo, y en el muro
frio y desnudo el cuerpo vacilante
apoyo, y en el cráneo estremecido
en agonía flota el pensamiento,
cual leño de bajel despedazado
que el mar en furia a playa ardiente arroja.

¡Sólo las flores del paterno prado
tienen olor! ¡Sólo las ceibas patrias
del sol amparan! Como en vaga nube
por suelo extraño se anda; las miradas
injurias nos parecen. ¡Y el Sol mismo
más que en grato calor, enciende en ira!
¡No de voces queridas puebla el eco
los aires de otras tierras: y no vuelan
del arbolar espeso entre las ramas
los pálidos espíritus amados!
¡De carne viva y profanadas frutas
viven los hombres, ¡ay! mas el proscripto
de sus entrañas propias se alimenta!

¡Tiranos: desterrad a los que alcanzan
el honor de vuestro odio: ya son muertos!
¡Valiera más ¡oh bárbaros! que al punto
de arrebatarlos al hogar, hundiera
en lo más hondo de su pecho honrado
vuestro esbirro más cruel su hoja más dura!

Grato es morir; horrible vivir muerto.
¡Mas no, mas no! La dicha es una prenda
de compasión de la fortuna al triste
que no sabe domarla. A sus mejores
hijos desgracias da Naturaleza:
¡Fecunda el hierro al llano, el golpe al hierro!

New York 4 de agosto.

HOMAGNO

Homagno sin ventura
la hirsuta y retostada cabellera
con sus pálidas manos se mesaba.

—«Máscara soy, mentira soy,decía;
estas carnes y formas, estas barbas
y rostro, estas memorias de la bestia,
que como silla a lomo de caballo
sobre el alma oprimida echan y ajustan,

por el rayo de luz que el alma mía
en la sombra entrevé,—¡no son Homagno!

Mis ojos sólo, los mis caros ojos,
que me revelan mi disfraz, son míos.
Queman, me queman, nunca duermen, oran
y en mi rostro los siento y en el cielo,
y le cuentan de mí, y a mí dél cuentan.
¿Por qué, por qué, para cargar en ellos
un grano ruin de alpiste mal trojado
talló el Creador mis colosales hombros?
Ando, pregunto, ruinas y cimiento
vuelco y sacudo; a sorbos delirantes
en la Creación, la madre de mil pechos,
las fuentes todas de la vida aspiro.

Con demencia amorosa su invisible
cabeza con las secas manos mías
acaricio y destrenzo; por la tierra
me tiendo compungido, y los confusos
pies, con mi llanto baño y con mis besos,
y en medio de la noche palpitante,

con mis voraces ojos en el cráneo
y en sus órbitas anchas encendidos,
trémulo, en mí plegado, hambriento espero,
por si al próximo sol respuestas vienen.
Y a cada nueva luz, de igual enjuto
modo y ruin, la vida me aparece,
como gota de leche que en cansado
pezón, al terco ordeño, titubea
como carga de hormiga, como taza
de agua añeja en la jaula de un jilguero.»

De mordidas y rotas, ramos de uvas
estrujadas y negras, las ardientes
manos del triste Homagno parecían!

Y la tierra en silencio, y una hermosa
voz de mi corazón, me contestaron.

YUGO Y ESTRELLA

Cuando nací, sin sol, mi madre dijo:
—«Flor de mi seno, Homagno generoso,
de mí y de la Creación suma y reflejo,
pez que en ave y corcel y hombre se torna,
mira estas dos, que con dolor te brindo
insignias de la vida: ve y escoge.
Este, es un yugo: quien lo acepta goza.
Hace de manso buey, y como presta
servicio a los señores, duerme en paja
caliente y tiene rica y ancha avena.
Esta, oh misterio que de mí naciste
cual la cumbre nació de la montaña,

esta, que alumbra y mata, es una estrella.
Como que riega luz, los pecadores
huyen de quien la lleva, y en la vida,
cual un monstruo de crímenes cargado,
todo el que lleva luz se queda solo.
Pero el hombre que al buey sin pena imita,
buey torna a ser, y en apagado bruto
la escala universal de nuevo empieza.
¡El que la estrella sin temor se ciñe,
como que crea, crece!
Cuando al mundo
de su copa el licor vació ya el vivo,
cuando para manjar de la sangrienta
fiesta humana, sacó contento y grave
su propio corazón, cuando a los vientos
de Norte y Sur virtió su voz sagrada,
la estrella como un manto, en luz lo envuelve,
se enciende como a fiesta, el aire claro,
y el vivo que a vivir no tuvo miedo,
se oye que un paso más sube en la sombra!»

—Dame el yugo, oh mi madre, de manera
que puesto en él de pie, luzca en mi frente
mejor la estrella que ilumina y mata.

AGUILA BLANCA

De pie cada mañana,
junto a mi áspero lecho está el verdugo.
Brilla el Sol, nace el mundo, el airea ahuyenta
del cráneo la malicia
y mi águila infeliz, mi águila blanca,
que cada noche en mi alma se renueva,
al alba universal las alas tiende
y, camino del Sol, emprende el vuelo.
. . . .
. . . .
. . . .

Y en vez del claro vuelo al Sol, altivo
por entre pies, ensangrentada y rota,
de un grano en busca el águila rastrea.

Oh noche, sol del triste amable seno
donde su fuerza el corazón revive,
perdura, apaga el Sol, toma la forma
de mujer libre y pura, a que yo pueda
ungir tus pies, y con mis besos locos
ceñir tu frente y calentar tus manos.
Líbrame, eterna noche, del verdugo,
o dale o que me dé con la primera
alba una limpia y redentora espada.
¿Que con qué la has de hacer? ¡Con luz de estrellas!

AMOR DE CIUDAD GRANDE

De gorja son y rapidez los tiempos.
Corre cual luz la voz; en alta aguja,
cual nave despeñada en sirte horrenda,
húndese el rayo, y en ligera barca
el hombre, como alado, el aire hiende.
¡Así el amor, sin pompa ni misterio
muere, apenas nacido, de saciado!
¡Jaula es la villa de palomas muertas
y ávidos cazadores! ¡Si los pechos
se rompen de los hombres, y las carnes
rotas por tierra ruedan, no han de verse
dentro más que frutillas estrujadas!

Se ama de pie, en las calles, entre el polvo
de los salones y las plazas; muere
la flor el día en que nace. Aquella virgen
trémula que antes a la muerte daba
la mano pura que a ignorado mozo;
el goce de temer; aquel salirse
del pecho el corazón; el inefable
placer de merecer; el grato susto
de caminar de prisa en derechura
del hogar de la amada, y a sus puertas
como un niño feliz romper en llanto;
y aquel mirar, de nuestro amor al fuego,
irse tiñendo de color las rosas
¡ea, que son patrañas! Pues ¿quién tiene
tiempo de ser hidalgo? ¡Bien que sienta,
cual áureo vaso o lienzo suntüoso,
dama gentil en casa de magnate!
¡O si se tiene sed, se alarga el brazo
y a la copa que pasa se la apura!
¡Luego, la copa turbia al polvo rueda,
y el hábil catador—manchado el pecho
de una sangre invisible—sigue alegre
coronado de mirtos, su camino!
¡No son los cuerpos ya sino desechos,
y fosas, y jirones! ¡Y las almas
no son como en el árbol fruta rica

en cuya blanda piel la almíbar dulce
en su sazón de madurez rebosa,
sino fruta de plaza que a brutales
golpes el rudo labrador madura!

¡La edad es ésta de los labios secos!
¡De las noches sin sueño! ¡De la vida
estrujada en agraz! ¿Qué es lo que falta
que la ventura falta? Como liebre
azorada, el espíritu se esconde,
trémulo huyendo al cazador que ríe,
cual en soto selvoso, en nuestro pecho;
y el deseo, de brazo de la fiebre,
cual rico cazador recorre el soto.

¡Me espanta la ciudad! ¡Toda está llena
de copas por vaciar, o huecas copas!
¡Tengo miedo ¡ay de mí! de que este vino
tósigo sea, y en mis venas luego
cual duende vengador los dientes clave!
¡Tengo sed; mas de un vino que en la tierra
no se sabe beber! ¡No he padecido

bastante aún, para romper el muro
que me aparta ¡oh dolor! de mi viñedo!
Tomad vosotros, catadores ruines
de vinillos humanos, esos vasos
donde el jugo de lirio a grande sorbos
sin compasión y sin temor se bebe!
¡Tomad! ¡Yo soy honrado, y tengo miedo!

New York, abril de 1882.

CRIN HIRSUTA

¿Que como crin hirsuta de espantado
caballo que en los troncos secos mira
garras y dientes de tremendo lobo,
mi destrozado verso se levanta?

Sí, pero ¡se levanta! A la manera,
como cuando el puñal se hunde en el cuello
de la res, sube al cielo hilo de sangre.
¡Sólo el amor engrendra melodías!

Gaspari

Il ritratto (1891)

a 6 oi ...

(Lo ... ... il ...)

Para enviar dichos augurios, bastará que Vd. escriba la
ión y el texto del telegrama sobre el formulario que ad-
os, presentándolo luego, en Buenos Aires o Rosario en las
as de la Compañía y en toda la República en las Oficinas
égrafo de la Nación.

Sus amigos también pueden hacerlo; bastará que ellos
an sobre un formulario del Telégrafo de la Nación las in-
ones «Vía Italcable» y «XLT» (como están marcadas en el
rio que adjuntamos) seguidas del texto del telegrama y lo
en, a su vez, en una de las oficinas antedichas.

En la seguridad de que Vd., al usar este sevicio espe-
al recomendarlo en el círculo de sus relaciones, querrá
er en él una prueba más del esfuerzo constanté que realiza
Compañía para satisfacer a todas las exigencias del pú-
nos es grato presentarle, distinguido Consocio, nuestros
ugurios y atentos saludos.

EL COMITÉ DIRECTIVO
PARA ARGENTINA, CHILE, URUGUAY

FLOR DE HIELO

Al saber que era muerto Manuel Ocaranza

¡Mírala! ¡Es negra! ¡Es torva! Su tremenda
hambre la azuza. Son sus dientes hoces;
antro su fauce; secadores vientos
sus hálitos; su paso, ola que traga
huertos y selvas; sus manjares, hombres.
¡Viene! ¡Escondeos, oh, caros amigos,
hijo del corazón, padres muy caros!
Do asoma, quema; es sorda, es ciega:—El hambre
ciega el alma y los ojos. ¡Es terrible
el hambre de la Muerte!
No es ahora
la generosa, la clemente amiga

que el muro rompe al alma prisionera
y le abre el claro cielo fortunado;
no es la dulce, la plácida, la pía
redentora de tristes, que del cuerpo,
como de huerto abandonado, toma
el alma adolorida, y en más alto
jardín la deja, donde blanda luna
perpetuamente brilla, y crecen sólo
en vástagos en flor blancos rosales;
no la esposa evocada; no la eterna
madre invisible, que los anchos brazos,
sentada en todo el ámbito solemne,
abre a sus hijos, que la vida agosta,
y a reposar y a reparar sus bríos
para el fragor y la batalla nueva
sus cabezas igníferas reclina
en su puro y jovial seno de aurora.

No; aun a la diestra del Señor sublime
que envuelto en nubes, con sonora planta
sobre cielos y cúspides pasea;
aun en los bordes de la copa dívea
en colosal montaña trabajada
por tallador cuyas tundentes manos

hechas al rayo y trueno fragorosos
como barro sutil la roca herían;
aun a los lindes del gigante vaso
donde se bebe al fin la paz eterna,
el mal, como un insecto, sus oscuros
anillos mueve y sus antenas clava,
artero, en los sedientos bebedores!

¡Sierva es la Muerte: sierva del callado
señor de toda vida; salvadora
oculta de los hombres! Mas el ígneo
dueño a sus siervos implacable ordena
que hasta rendir el postrimer aliento,
a la sombra feliz del mirto de oro
el bien y el mal el seno les combatan;
y sólo las eternas rosas ciñe
al que a sus mismos ojos el mal torvo
en batalla final convulso postra.
Y pío entonces en la seca frente
da aquel, en cuyo seno poderoso
no hay muerte ni dolor, un largo beso.
Y en la Muerte gentil, la Muerte misma,
lidian el bien y el mal... ¡Oh dueño rudo,
a rebelión y a admiración me mueve

este misterio de dolor, que pena
la culpa de vivir, que es culpa tuya,
con el dolor tenaz, martirio nuestro!
¿Es tu seno quizá tal hermosura
y el placer de domar la interna fiera
gozo tan vivo que el martirio mismo
es precio pobre a la final delicia?
¡Hora tremenda y criminal, oh Muerte,
aquella en que en tu seno generoso
el hambre ardió, y en el ilustre amigo
seca posaste la tajante mano!
¡No es, no, de tales víctimas tu empresa
poblar la sombra! De cansados ruines,
de ancianos laxos, de guerreros flojos
es tu oficio poblarla, y en tu seno
rehacer al viejo la gastada vida
y al soldado sin fuerzas la armadura.
¡Mas el taller de los creadores sea,
¡oh Muerte! de tus hambres reservado!
¡Hurto ha sido; tal hurto, que en la sola
casa, su pueblo entero los cabellos
mesa, y su triste amigo solitario
con gestos grandes de dolor sacude,
por él clamando la callada sombra!
¡Dime, torpe hurtadora, di el oscuro
monte donde tu recia culpa amparas;

y donde con la seca selva en torno,
cual cabellera de tu cráneo hueco,
en lo profundo de la tierra escondes
tu generosa víctima! ¡Di al punto
el antro, y a sus puertas con el pomo
llamaré de mi espada vengadora!
Mas, ¡ay! ¿Que a do me vuelvo? ¿Qué soldado
a seguirme vendrá? ¡Capua es la tierra,
y de orto a ocaso, y a los cuatro vientos
no hay más, no hay más que infames desertores,
de pie sobre sus armas enmohecidas,
en rellenar sus arcas afanados!

No de mármol son ya, ni son de oro,
ni de piedra tenaz o hierro duro
los divinos magníficos humanos.
De algo más torpe son: jaulas de carne
son hoy los hombres, de los vientos crueles
por mantos de oro y púrpura amparados.
Y de la jaula en lo interior, un negro
insecto de ojos ávidos y boca
ancha y febril, retoza, come, ríe!
¡Muerte el crimen fué bueno: guarda, guarda
en la tierra inmortal tu presa noble!

POEMA DRAMÁTICO

PERSONAJES:

Espirta, madre de Abdala.

Elmira, hermana de

Abdala

Un Senador.

Consejeros, soldados, etc.

La escena pasa en Nubia

ABDALA

ESCENA I.

ABDALA, un SENADOR y Consejeros.

SENADOR

Noble caudillo: a nuestro pueblo llega
feroz conquistador; necio amenaza,
si a su fuerza y poder le resistimos,
en polvo convertir nuestras murallas.
Fiero pinta a su ejército, que monta
nobles corceles de la raza arábiga;
inmensa gente al opresor auxilia,
y tan alto es el número de lanzas
que el enemigo cuenta, que a su vista
la fuerza tiembla y el valor se espanta.

¡Tantas sus tiendas son, noble caudillo,
que a la llanura llegan inmediata,
y del rudo opresor ¡oh Abdala ilustre!
es tanta la fiereza y arrogancia,
que envió un emisario reclamando
rindiese fuego y aire, tierra y agua!

ABDALA

Pues decid al tirano que en la Nubia
hay un héroe por veinte de sus lanzas;
que del aire se atreva a hacerse dueño;
que el fuego a los hogares hace falta;
que la tierra la compre con su sangre;
que el agua ha de mezclarse con sus lágrimas.

SENADOR

Guerrero ilustre: ¡calma tu entusiasmo!
Del extraño a la impúdica arrogancia
dióle el pueblo el laurel que merecían

tan necia presunción y audacia tanta;
mas hoy no son sus bárbaras ofensas
muestras de orgullo y simples amenazas:
¡Ya detiene a los nubios en el campo!
¡Ya en nuestras puertas nos coloca guardias!

ABDALA

¿Qué dices, Senador?

SENADOR

—Te digo ¡oh jefe
del ejército nubio! que las lanzas
deben brillar, al aire desenvuelta
la sagrada bandera de la patria.
¡Te digo que es preciso que la Nubia
del opresor la lengua arranque osada,
y la llanura con su sangre bañe,
y luche Nubia cual luchaba Esparta!

¡Vengo en tus manos a dejar la empresa
de vengar las cobardes amenazas
del bárbaro tirano que así llega
a despojar de vida nuestras almas!
Vengo a rogar al esforzado nubio
que a la batalla con el pueblo parta.

ABDALA

Acepto, Senador. Alma de bronce
tuviera si tu ruego no aceptara.
Que me sigan espero los valientes
nobles caudillos que el valor realza,
y si insulta a los libres un tirano
veremos en el campo de batalla.
En la Nubia nacidos, por la Nubia
morir sabremos: hijos de la patria,
por ella moriremos, y el suspiro
que de mis labios postrimero salga,
para Nubia será, que para Nubia
nuestra fuerza y razón fueron creadas.
Decid al pueblo que con él al campo
cuando se ordene emprenderé la marcha;

y decid al tirador que se apreste,
que prepare su gente, y que a sus lanzas
brillo dé y esplendor. ¡Más fuertes brillan
robustas y valientes nuestras almas!

SENADOR

¡Feliz mil veces ¡oh valiente joven!
el pueblo que es tu patria!

TODOS

—¡Viva Abdala!

(Se van el Senador y Consejeros).

ESCENA II.

ABDALA

¡Por fin potente mi robusto brazo
puede blandir la dura cimitarra,
y mi noble corcel volar ya puede
ligero entre el fragor de la batalla!
¡Por fin mi frente se orlará de gloria!
Seré quien libre a mi angustiada patria,
y quien le arranque al opresor el pueblo
que empieza a destrozar entre sus garras!
¡Y el vil tirano que amenaza a Nubia
perdón y vida implorará a mis plantas;
y la gente cobarde que lo ayuda

a nuestro esfuerzo gemirá espantada;
y en el cieno hundirá la altiva frente,
y en cieno vil enfangará su alma;
y la llanura en que su campo extiende
será testigo mudo de su infamia!
¡Y el opresor se humillará ante el libre;
y el oprimido vengará su mancha!
Conquistador infame: ya la hora
de tu muerte sonó: ni la amenaza,
ni el esfuerzo y valor de tus guerreros
será muro bastante a nuestra audacia.
¡Siempre el exclavo sacudió su yugo,
y en el pecho del dueño hundió su clava
el siervo libre; siente la postrera
hora de destrucción que audaz te aguarda
y teme que en tu pecho no se hunda
del libre nubio la tajante lanza!
Ya me parece que rugir los veo
cual fiero tigre que a su presa asalta.
Ya los miro correr: a nuestras filas
dirigen ya su presurosa marcha.
Ya luchan con furor: la sangre corre
por el llano a torrentes; con el ansia
voraz del opresor, hambrientos vuelven
a hundir en sus costados nuestras lanzas,
y a doblegar el arrogante cuello

al tajo de las rudas cimitarras.
Cansados ya, vencidos, cual furiosas
panteras del desierto que se lanzan
a la presa que vence, y se fatigan,
y rugen y se esfuerzan y derrraman
la enrojecida sangre, y combatiendo
terribles ayes de dolor exhalan,
así los enemigos furibundos
a nuestras filas bárbaros se lanzan,
y luchan, corren, retroceden, vuelan,
inertes caen, gimiendo se levantan,
a otro encuentro se aprestan, y ¡perecen!
Ya sus cobardes huestes destrozadas
huyen por la llanura: ¡oh! ¡cuánto el gozo
da fuerza y robustez y vida a mi alma!
¡Cuál crece mi valor! ¡Cómo en mis venas
arde la sangre! ¡Cómo me arrebata
este invencible ardor! ¡Cuánto deseo
a la lucha partir!

ESCENA III

Entran guerreros.—GUERREROS Y ABDALA.

UN GUERRERO

¡Salud Abdala!

ABDALA

¡Salud, nobles guerreros!

UN GUERRERO

Ya la hora

de la lucha sonó: la gente aguarda
por su noble caudillo: los corceles
ligeros corren por la extensa plaza.
Arde en los pechos el valor, y bulle
en el alma del pueblo la esperanza.
Si vences, noble jefe, el pueblo nubio
coronas y laureles te prepara.
¡Y si mueres luchando, te concede
la corona del mártir de la patria!
¡Revelan los semblantes la alegría:
brillan al Sol las fulgurantes armas,
y el placer de luchar, en las facciones
la grandeza, el valor, sublimes graban!

ABDALA

Ni laurel ni coronas necesita
quien respira valor. Pues amenazan
a Nubia libre, y un tirano quiere
rendirla a su dominio vil esclava,
¡corramos a la lucha, y nuestra sangre
pruebe al conquistador que la derraman
pechos que son altares de la Nubia,

brazos que son sus fuertes y murallas!
¡A la guerra, valientes! ¡Del tirano
la sangre corra, y a su empresa osada
de muros sirvan los robustos pechos,
y sea su sangre fuego a nuestra audacia!
¡A la guerra! ¡A la guerra! ¡Sea el aplauso
del vil conquistador que nos ataca,
el son tremendo que al batirlo suenen
nuestras rudas y audaces cimitarras!
¡Nunca desmienta su grandeza Nubia!
¡A la guerra corred! ¡A la batalla,
y de escudo te sirva ¡oh patria mía!
el bélico valor de nuestras almas!

(Hacen ademán de pàrtir).

ESCENA IV

Entra Espirta.—Espirta y dichos.

ESPIRTA

¿Adónde vas? ¡Espera!

ABDALA

¡Oh madre mía!
Nada puedo esperar.

ESPIRTA

¡Detente, Abdala!

ABDALA

¿Yo detenerme, madre? ¿No contemplas
el ejército ansioso que me aguarda?
¿No ves que de mi brazo espera Nubia
la libertad que un bárbaro amenaza?
¿No ves como se aprestan los guerreros?
¿No miras cómo brillan nuestras lanzas?
Detenerme no puedo ¡oh madre mía!
¡Al campo voy a defender mi patria!

ESPIRTA

¡Tu madre soy!

ABDALA

¡Soy nubio! el pueblo entero
por defender su libertad me aguarda:
un pueblo extraño nuestras tierras huella;

con vil esclavitud nos amenaza;
audaz nos muestra sus potentes picas,
y nos manda el honor, y Dios nos manda
por la patria morir, antes que verla
del bárbaro opresor cobarde esclava!

ESPIRTA

¡Pues si exige el honor que al campo vueles,
tu madre hoy que te detengas manda!

ABDALA

¡Un rayo sólo detener pudiera
el esfuerzo y valor del noble Abdala!
¡A la guerra corred, nobles guerreros,
que con vosotros el caudillo marcha!

(Se van los guerreros.)

ESCENA V

ESPIRITA Y ABDALA.

ABDALA

Perdona ¡oh madre! que de ti me aleje
para partir al campo. ¡Oh! estas lágrimas
testigos son de mi ansiedad terrible,
y el huracán que ruge en mis estrañas.

(Espirta llora).

¡No llores tú, que a mi dolor ¡oh madre!
estas ardientes lágrimas le bastan!

¡El ¡ay! del moribundo, ni el crujido,
ni el choque rudo de las fuertes armas,
no el llanto asoman a mis tristes ojos,
ni a mi valiente corazón espantan!
Tal vez sin vida a mis hogares vuelva,
u oculto entre el fragor de la batalla,
de la sangre y furor víctima sea.
Nada me importa. ¡Si supiera Abdala
que con su sangre se salvaba Nubia
de las terribles extranjeras garras,
esa veste que llevas, madre mía,
con gotas de mi sangre la manchara!
Sólo tiemblo por ti, y aunque mi llanto
no muestro a los guerreros de mi patria,
ve como corre por mi faz, ¡oh madre!
ve cuál por mis mejillas se derrama!

ESPIRTA

¿Y tanto amor a este rincón de tierra?
¿Acaso él te protegió en la infancia?
¿Acaso amante te llevó en su seno?
¿Acaso él fué quien engendró tu audacia?

¿Y tu fuerza? ¡Responde! ¿O fué tu madre?
¿Fué la Nubia?

ABDALA

¡El amor, madre, a la patria
no es el amor ridículo a la tierra,
ni a la yerba que pisan nuestras plantas;
es el odio invencible a quien la oprime,
es el rencor eterno a quien la ataca;
y tal amor despierta en nuestro pecho
el mundo de recuerdos que nos llama
a la vida otra vez, cuando la sangre,
herida brota con angustia el alma;
la imagen del amor que nos consuela
y las memorias plácidas que guarda!

ESPIRTA

¿Y es más grande ese amor que el que despierta
en tu pecho tu madre?

ABDALA

¿Acaso crees
que hay algo más sublime que la patria?

ESPIRTA

¿Y aunque sublime fuera, acaso debes
por ella abandonarme? ¿A la batalla
así correr veloz? ¿Así olvidarte
de la que el ser te dió? ¿Y eso lo manda
la patria? ¡Di! ¿Tampoco te conmueve
la sangre ni la muerte que te aguardan?

ABDALA

Quien a su patria defender ansía,
ni en sangre ni en obstáculos repara.

Del tirano desprecia la soberbia;
en su pecho se estrella la amenaza;
¡y si el cielo bastara a su deseo,
al mismo cielo con valor llegara!

ESPIRTA

¿No te quedas por fin y me abandonas?

ABDALA

¡No, madre, no! ¡Yo parto a la batalla!

ESPIRTA

¿Al fin te vas?... ¿Te vas? ¡Oh hijo querido!

(Se arrodilla).

¡A tu madre infeliz mira a tus plantas!
¡Mi llanto mira que angustioso corre
de amargura y dolor! ¡Tus pies empapa!
Deténte ¡oh hijo mío!

ABDALA

Levanta ¡oh madre!

ESPIRTA

¡Por mi amor... por tu vida... no... no partas!

ABDALA

¿Que no parta decís cuando me espera
la Nubia toda? ¡Oh, no! ¿Cuando me aguarda
con terrible inquietud a nuestras puertas

un pueblo ansioso de lavar su mancha?
¡Un rayo sólo detener pudiera
el esfuerzo y valor del noble Abdala!

ESPIRTA

(Con altivez)

¿Y una madre infeliz que te suplica,
que moja con sus lágrimas tus plantas,
no es un rayo de amor que te detiene,
no es un rayo de amor que te anonada?

ABDALA

¡Cuántos tormentos!.,.. ¡Cuán terrible angustia!
Mi madre llora.... Nubia me reclama....
Hijo soy.... Nací nubio.... Ya no dudo:
¡Adios! Yo marcho a defender mi patria.

(Se va.)

ESCENA VI

ESPIRTA

Partió.... partió.... ¡Tal vez ensangrentado,
lleno de heridas, a mis pies lo traigan;
con angustia y dolor mi nombre invoque;
mezcle las suyas con mis tristes lágrimas,
y mi mejilla con la suya roce
sin vida, sin calor, inerte, helada!
¡Y detener no puedo el raudo llanto
que de mis ojos brota; a mi garganta
se agolpan los sollozos, y mi vista
nublan de espanto y de terror mis lágrimas!
Mas ¿por qué he de llorar? ¿Tan poco esfuerzo

nos dió Nubia al nacer? ¿Así acobardan
a sus hijos las madres? ¿Así lloran
cuando a Nubia un infame nos arranca?
¿Así lamentan su fortuna y gloria?
¿Asi desprecian el laurel? ¿Tiranas,
quieren ahogar en el amor de madre
el amor a la patria? ¡Oh, no! ¡Derraman
sus lágrimas ardientes y se quejan
porque sus hijos a morir se marchan!
¡Porque si nubias son, también son madres!
¡Porque al rudo clamor de la batalla
oyen mezclarse el ¡ay! que lanza el hijo
al sentir desgarradas sus entrañas!
Porque comprenden que en la lucha nunca
sus hogares recuerdan, y se lanzan
audaces en los brazos de la muerte
que a una madre infeliz los arrebata!

ESCENA VII

ESPIRTA Y ELMIRA

ELMIRA

¡Madre! ¿Llorando vos?

ESPIRTA

¿De qué te asombras?
A la lucha partió mi noble Abdala,
y al partir a la lucha un hijo amado,
¿qué heroína, que madre no llorara?

ELMIRA

¡La madre del valiente, la patriota!
¡Oh! Mojan vuestra faz recientes lágrimas
y rebosa el dolor en vuestros ojos;
¡cobarde llanto vuestro seno baña!
¡Madre nubia no es la que así llora
si vuela su hijo a socorrer la patria!
¡A Abdala adoro: mi cariño ciego
es límite al amor de las hermanas,
y en su robustas manos, madre mía,
le coloqué al partir la cimatarra,
le dije adiós, y le besé en la frente!
Y ¡vos llorais, cuando luchando Abdala
de noble gloria y de esplendor se cubre,
y el bélico laurel le orna de fama!
¡Oh madre! ¿No escucháis ya cómo suenan
al rudo choque las templadas armas?
¿Las voces no escucháis? ¿El son sublime
de la trompa no oís en la batalla?
¿Y no oís el fragor? ¡Con cuánto gozo
esta humillante veste no trocara
por el lustroso arnés de los guerreros,
por un noble corcel, por una lanza!

ESPIRTA

¿Y también, como Abdala, por la guerra
a tu hogar y tu madre abandonaras,
y a morir en el campo audaz partieras?

ELMIRA

¡También, madre, también; que las desgracias
de la patria infeliz lloran y sienten
las piedras que deshacen nuestras plantas!
¿Y vos lloráis aún? ¿Pues de la trompa
el grato son no oís que mueve el alma?
¿No lo escucháis, ¡oh madre! ¿a vos no llega
el sublime fragor de la batalla?

(Se oye tocar a la puerta).

Pero... ¿qué ruido es éste repentino,
madre, que escucho a nuestra puerta?

ESPIRTA

(Lanzándose hacia la puerta)
¡Abdala!

ELMIRA

(Deteniéndola.)

Callad, ¡oh madre! Acaso algún herido
a nuestro hogar desesperado llama.
A su socorro vamos, madre mía.

(Se dirigen a la puerta.)

¿Quién toca a nuestra puerta?

UNA VOZ

¡Abrid!

ESCENA VIII

Entran guerreros trayendo en brazos a Abdala, herido.

ELMIRA Y ESPIRTA

(Espantadas.)

¡Abdala!

(Los guerreros conducen a Abdala al medio del escenario.)

ABDALA

Abdala, sí, que moribundo vuelve
a arrojarse rendido a vuestras plantas,
para partir después donde no puede
blandir el hierro ni empuñar la lanza.
¡Vengo a exhalar en vuestros brazos, madre,
mis últimos suspiros, y mi alma!
¡Morir! ¡Morir cuando la Nubia lucha;
cuando la noble sangre se derrama
de mis hermanos, madre; cuando espera
de nuestras fuerzas libertad la patria!
¡Oh madre, no lloréis! Volad cual vuelan
nobles matronas del valor en alas
a gritar en el campo a los guerreros:
«¡Luchad, luchad, oh nubios! Esperanza!»

ESPIRTA

¿Que no llore, me dices? ¿Y tu vida
alguna vez me pagará la patria?

ABDALA

¡La vida de los nobles, madre mía,
es luchar y morir por acatarla,
y si es preciso, con su propio acero
rasgarse, por salvarla, las entrañas!
Mas.... me siento morir: en mi agonía
(*A todos*)
no vengáis a turbar mi triste calma.
¡Silencio!.... Quiero oir....¡Oh! Me parece
que la enemiga hueste derrotada,
huye por la llanura.... ¡Oid!.... ¡Silencio!
Ya los miro correr.... A los cobardes
los valientes guerreros se abalanzan....
¡Nubia venció! Muero feliz: la muerte
poco me importa, pues logré salvarla....
¡Oh, qué dulce es morir cuando se muere
luchando, audaz, por defender la patria!
(Cae en brazos de los guerreros).

FIN DE «LIRA GUERRERA»

ÍNDICE

ÍNDICE

Páginas.

PRÓLOGO

PRIMEROS CANTOS

Páginas.

VERSOS CUBANOS

VERSOS LIBRES

POEMA DRAMÁTICO

OBRAS COMPLETAS DE JOSÉ MARTÍ

ORDENADAS Y PROLOGADAS

POR

ALBERTO GHIRALDO

VERSO

I.—Lira guerrera.
II.—Lira íntima.

PROSA

III.—Patria.
IV.—Libertad.
V.—Nuestra América.
VI.—Nuestra América.
VII.—El libro de los juicios.
VIII.—Recuerdos de la guerra.
IX.—Vida yanqui (1886-1888).
X.—Vida yanqui (1888-1890).
XI.—Hombres.
XII.—La edad de oro (Un libro para niños).
XIII.—Amistad funesta (Novela).
XIV.—Tribunicias.
XV.—Epistolario.

TRADUCCIONES

XVI.—Ramona (Novela de Helen Hunt Jackson).
XVII.—Misterio (Novela de Hugo Conway).

PRECIO DE CADA VOLUMEN: CINCO PESETAS

EDICIÓN DE LUJO: DIEZ PESETAS

EDICIÓN DE LUJO ENCUADERNADA: DOCE PESETAS

EDITORIAL ATLÁNTIDA

MENDIZÁBAL, 42.

MADRID.

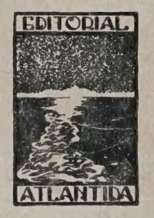


Madrid - 17 de 19

Querido Sampere:
Acabo de comprar

esta





Precio: 5 ptas.

IMP. SÁEZ HERMANOS
NORTE, 21.—MADRID